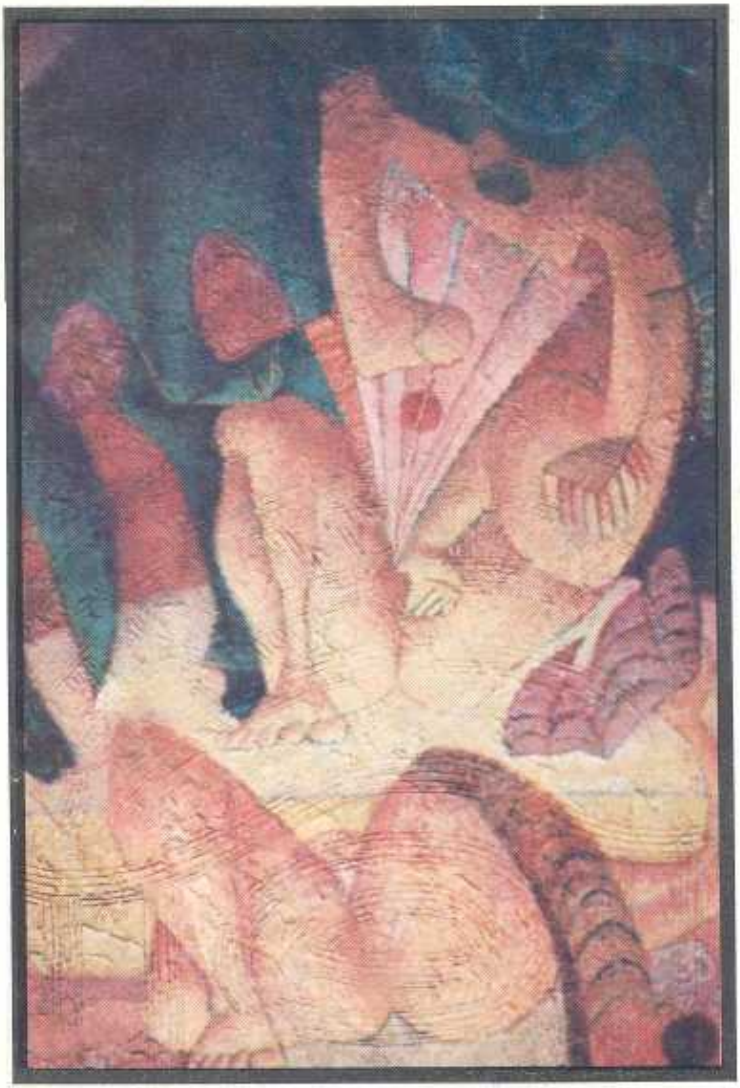

Las huellas de mis pasos

PEDRO RIVERA

COLECCIÓN RICARDO MIRÓ • PREMIO CUENTO 1993

Pedro Rivera

Poeta, escritor y cineasta panameño. Nació en 1939. Ha publicado los siguientes libros de poemas: **Panamá: incendio de sollozos; Mayo en el tiempo; Las voces del dolor que trajo el alba; Despedida del hombre; Los pájaros regresan de la nieblas; Libro de las parábolas; Para hacer el amor con la ventana abierta.** También los libros de cuentos **Peccata minuta y Recuentos** (con Dimas Lidio Pitty). Recientemente publicó el libro **Todo sucedió mañana**, compilación de editoriales del plegable **Temas de nuestra América** y de **Poste de papel.** Ha ganado el Concurso Literario Ricardo Miró en tres ocasiones: en poesía y cuento en 1969 y en cuento en 1993, con **Las huellas de mis pasos.** Actualmente es el director del Grupo Experimental de Cine Universitario (GECU), de la Universidad de Panamá.

Portada:
Concertista en la playa con caballo erótico, óleo/tela de Adonai Rivera Degracia, Premio Nacional de Pintura-INAC, 1982.

Fotografía: Carlos Samudio

Las huellas de mis pasos

Instituto Nacional de Cultura
Dirección Nacional de Extensión Cultural
Departamento de Letras

Pedro Rivera

Las huellas de mis pasos

COLECCIÓN RICARDO MIRÓ • PREMIO CUENTO 1993

Las huellas de mis pasos
© Pedro Rivera
© Primera edición, mayo de 1994
Editorial Mariano Arosemena
del Instituto Nacional de Cultura
Apartado postal 662,Panamá 1, Panamá

Tiraje: 2,000 ejemplares
Impreso en la Impresora de La Nación

Derechos reservados conforme a la Ley.

I
LAS HUELLAS DE MIS PASOS

Ya no guardas las huellas de mis pasos
ya no eres mío idolatrado Ancón...
Amelia Denis de Icaza

MI CASA DE EL CHORRILLO

Desde que nací hasta los seis años viví en El Chorrillo, en una casa de madera, al final de la Calle 26, en un cuarto del piso superior. Antes de regresar alguna vez, acicateado por impulsos territoriales de menor cuantía que la memoria guarda en la memoria cuando se niega a desaparecer del todo, tenía la impresión de que era la madre de las casas, la casona. Recordaba amplios espacios, enormes distancias. Me veía a mí mismo en los recuerdos ascendiendo por una larga escalera, jugando en unos enormes balcones, correteando con otros niños de mi edad en un patio inmenso y siempre, sobre nuestras cabezas, la ropa colgando al sol. Allí también nacieron, de más de veinte que somos, mis primeros hermanos: Martín, Edith, Blanca. Mi padre que era muy ingenioso y emprendedor (además de prolífico) hizo, dentro del cuarto un segundo piso, tabanco que llaman, al que se subía por una escalerilla de madera que se ponía y quitaba a discreción. Así pudimos acomodar nuestras vidas entre tabu-

retes, sillas y cajones durante los años de postguerra. Entonces, éramos felices. El día que, ya adulto, quise reconocer la casa, descubrí, y casi no podía creerlo, que todo era absurdamente pequeño. La gran escalera de la casa, con salida al patio, no tenía más de veinte escalones. El mismo patio interior, a todo lo largo y ancho, se atravesaba con media docena de zancadas. El sumidero por donde escapaba el agua turbia y espumante de los lavaderos, y que yo veía desde el balcón como la entrada a una cueva de presagios por donde podría llegar en mi moto de "Spymasher" al centro de la tierra, era un miserable hoyo en la losa. Ese día descubrí que la dimensión de los objetos no es la misma cuando se mira con ojos de niño. Tampoco la dimensión de la pobreza.

MI PADRE SE LLAMA JUAN

Su voz era la de los roncos gritos
perdidos en la noche de los raptos
Pablo Neruda
(La tierra se llama Juan)

Creo que a papá, que se llamaba Juan, no llegué a conocerlo bien. O tal vez sea mejor decir que nunca se dejó conocer a fondo. O que lo más probable sea, por aquello de la genética y demás, que un hijo se parezca tanto a su padre y viceversa que nunca lleguen a conocerse como Dios manda, por un simple acto reflejo de negación y reafirmación de la propia identidad. Un hijo siempre se mira en su padre como frente a un espejo, para aceptarlo o rechazarlo. Un padre mira el espejo que el hijo es para garantizar la continuidad de su propia esencia. Eso crea una paradoja elemental y una calamidad: cuanto más se reconocen, se conocen menos.

La mejor manera de describirlo sería compararlo con ese tipo que llega sin anunciarse, sin que se sepa de dónde, y que a los pocos días es tan consustancial al paisaje que nadie puede recordar que antes no estuviera allí o que algún día pudiera no estar.

Trabajaba como energúmeno y tenía variedad de inclinaciones y destrezas: electricista, carpintero, albañil, pintor de brocha gorda, ferroviario, leñador, tabaquero, panadero, marino, apicultor. Parte de lo que es la historia humana pasó ante los ojos de mi padre como pasa una película. De la carreta de bueyes, que bien conoció, al automóvil, al avión, al jet, a las naves espaciales. De la lámpara de querosín a la electricidad, a la radio, al cine, a la televisión. Vivió de niño la independencia de Cuba, y luego la revolución mexicana, la revolución soviética, el ascenso y ocaso de Hitler, dos guerras mundiales, la cagadera perniciosa que casi lo mata y que se curó con Cocacola. Dios, según quiso explicarme alguna vez, era la sustancia del Universo y no una entidad antropomorfa. Pero era espiritista. Allán Kardec era su mentor espiritual. Y, según me dijo, Leocadia, mi abuela, curaba por mediación de los espíritus. Tal vez por creer en lo que creía consideraba a los curas como una calamidad.

Papá era el único tipo en la casa de El Chorrillo, al final de la calle 26, que se afeitaba sin espejos, en plena oscuridad, con una navaja barbera en vez de guillete como todos los demás. Estaba orgulloso de su propia nariz grande y encorvada, de su estatura media y jibosa, de la espesa vellosidad que le cubría pecho y

espalda, pero jamás superó el trauma de la calvicie. Tenía la cabeza monda y lironda como mingo de billar. (Tal vez por eso era tan esquivo al espejo.) Usaba un sombrero de fieltro oscuro, un adams de corte clásico, que no se quitaba ni para ir al baño. No tener pelo en la cabeza era, para mi padre, la calamidad de las calamidades.

Papá no fumaba, no tomaba bebidas alcohólicas, no bailaba. Dejó de ir al cine cuando inventaron la banda sonora y el jazz sustituyó los tortazos, la persecución en autos que dejaban la tendalada, las caídas de los rascacielos sobre las toldas, los escasos primeros planos de la heroína dejando escurrir una lágrima por las mejillas incoloras. Eso era cine. No lo soportó a Charlie Chaplin con voz. El sonido agregado a las películas fue una de las grandes calamidades de su vida.

Otra de sus calamidades fueron las mujeres. Papá, en cuestión de hembras, siempre iba de paso. Ámalas y déjalas, tal era su sino. Como un Quijote al revés, lanza en ristre, desfacía las urgencias del sexo en atropellada embestida y, a la manera de esos héroes inventados por Dumas, para evitar suspicacias y equívocos, hacia el amor a caballo, de prisa y con el sombrero puesto. Así son los hombres atraídos por el mar y por los espacios oceánicos. Gustan de las relaciones efímeras, de los encuentros y desencuentros, de las promesas que no cumplirán. Las mujeres, a las que acosó como santo y rufián, eran apremio y obstáculo en su vida.

A los cuarenta y tantos años de su vida, cuando llegó a la calle 26 de El Chorrillo, tenía una vida vivida y empezaba otra de regreso. Venía de recorrer países, oficios y mujeres. Era autor de un libro: **Cien preguntas y respuestas sobre los ferrocarriles**, que pretendía ser un manual, una especie de todo lo que usted quiere saber sobre locomotoras y nunca se atrevió a preguntar, para uso de aspirantes a maquinistas. Quemó cañaverales en tiempos de Menocal. Escupía con cara de asco cuando hablaba de Machado. En Colombia reparó el mecanismo eléctrico de un santo que sudaba aceite. También había plantado un bosque. Y atrás, sin volver la vista para no convertirse en estatua, dejó por lo menos a tres hijos creciendo a la intemperie. Los hijos, para su sed de horizontes, eran una calamidad. Por eso debió sentir que el mundo se abría bajo sus pies el día que mi madre le dijo: "Estoy embarazada".

MERCEDES ESTÁ EMBARAZADA

Mamá Mercedes no vino a la ciudad a cambiar de aire. Más bien vino a quedarse para siempre. Allá, en el campo, el tiempo era otro tiempo. La vida no transcurría, se quedaba como colgada de un anzuelo, pasmada como una postal. Allá, en el campo, se es como una cosa más en el paisaje de vacas macilentas, perros y gallinas y ranas y grillos y pájaros. Paisaje de sobrevivencia elemental: levantarse en las mañanas con el canto de los gallos, dar de comer a las gallinas, encender la leña del fogón, colar café, ordeñar la vaca; irse hasta el pozo abierto junto a la quebrada para achicarlo, limpiarlo de la esperma espumosa de los sapos, luego cargar el agua en latas con un rodete sobre la cabeza, lavar los trastes, bajar hasta el río con los baldes y estrujar por horas la ropa contra las piedras. Los domingos ir a misa, a dar una vuelta por el parque, a ver a la gente, a comadrear. Muy

bonito, pero monótono. El campo no tenía ninguna gracia. Bueno para quien quiera morir de no morirse, no para quien tenga una vida que vivir. En la ciudad, más acá del ferry, estaban las tiendas, los cinematógrafos, el tranvía, los automóviles, la retreta, el carnaval, los 3 de noviembre, los restaurantes, Las Bóvedas, la gente, los novios, la vida.

Mamá Mercedes llegó a la ciudad con su historial genético a flor de piel. Mas bien flaca, de lento andar y mirada filosófica. Ni negra negra, ni india india, dejaba presentir por algún lado al bisabuelo chino y, por el otro, a la bisabuela blanca. ¿Qué cómo se enredó con mi padre? ¿En qué recodo del camino se toparon cara a cara? ¡Lo sabrá Dios! ¿La conocería en un restaurante, en el bus, en casa de una amiga, en una tienda de zapatos? ¿Acaso importa? El la miró, le gustó la negra, le echó los perros, le tiró la caballería, le dijo me llamo Juan, le bajó con toda la experiencia, le contó un millón de aquellos cuentos, le dijo de todo, le habló de cuanta cosa se puede hablar con la libido encendida, la envolvió con las ganas que tenía de sobra. ¿Cómo iba a negársele? "¿Te acompaño, negrita?"

La primera vez caminaron desde el parque de Santa Ana hasta la Catedral y luego hasta Las Bóvedas. Después vieron una película en el Variedades, una en la que Sabú dirigía una manada de elefantes. Se tomaron las manos y un "raspao" en la cafetería del teatro. "Te espero mañana". Ella, seguro, dijo un no que era un sí aun antes de que preguntara. Después,

con el tiempo, se aclararían las cosas de parte y parte. "Pero sin compromiso", diría él, "porque tengo una familia allá, sabes". "Dónde". "En mi país, allá lejos". Ella no decía nada. Sus planes eran otros. Corrió a contarle a Clemencia, la prima: "¡Qué tipo el que se me ha presentado, Mencha!" Tiene una labia y está solo, pobrecito. Venía de otro mundo. Ningún otro pretendiente le llegaba a la suela de los zapatos. Todos, comparados con este hombre de pelo en pecho y calva reciente, eran bien "chichipatis". "Ten cuidado", le dijo la tía Mencha. Pero como nadie experimenta con cabeza ajena, de nada le valió el consejo. Y él le había advertido. Ningún compromiso. Tengo familia allá, en mi país, me esperan mis hijos, oíste. Mamá Mercedes todavía recuerda la cara de mal rayo me parta que puso el día que, tomaditos de la mano en una banca del parque de Santa Ana, le dijo: "Estoy embarazada".

¡QUÉ LEJOS ESTABA LO LEJOS!

De niño era muy niño. "No paraba pie en casa", decía mi madre. Por un lado salía papá rumbo al trabajo, con su lonchera negra y su sombrero Adams de fieltro desgastado, y por el otro yo, en cueros. Sí, en cueros, desnudo, sin ropas, como Dios me trajo al mundo. No había forma de retenerme entre las cuatro paredes del cuarto. Eran los años de la gran guerra y postguerra, los años 40, en aquellos tiempos no había televisión y mi madre, para evitar mis andanzas por el barrio, me dejaba en pelotas. Ella, ilusa, creía que por purísimo pudor iba a retenerme en casa. Tuvo, en ocasiones, que amarrarme a la pata de la cama para poder terminar los oficios o darle de mamar a Blanca. ¿Dirá usted que era un acto de salvaje desamor? ¿Y qué iba a hacer mi madre? Tenía que limpiar, lavar, cocinar, cuidar a los más chicos, que ya éramos cuatro, y evitar que una "chiva", esas que decían "Hospital,

Chorrillo, Calle 16", me arrollara uno de esos días. Al menor descuido de ella, y de los vecinos que gritaban confabulados para verme furioso: "Merce, se va Juancito", me escurría por las largas escaleras de la casa e iba a trotar por las calles de este mundo. A veces subía hasta el sector de las cantinas que quedaban en el Límite, en la Avenida B, y curioseaba por debajo de las puertas gemelas, de persianas y bisagras de doble tensión, parecidas a las de las películas de vaqueros (esas que se abren y cierran automáticamente cuando entra un pistolero o sale el "bandido" después de haber recibido un puñetazo). Pero mi lugar preferido era el malecón. Allí el aire tenía otro olor, muy distinto al de las jabonerías, desagües y cagadas de murciélagos que se sentía en los cuartos. Y, también, porque allá lejos, en donde la vista se perdía, se juntaban el arriba con el abajo. A merced de un sol abrasador y un cielo azul intenso, solía curiosear entre pescadores que decían malas palabras, tejían mallas y trasmallos, y despellejaban pargos. Parado en el muro de piedras veía zarpar los botes. Esperaba horas y horas hasta verlos regresar, casi siempre al caer la tarde, con las canastas atiborradas de peces y las bocas repletas de sonrisas. Les tenía una envidia muy grande: conocían los secretos del horizonte.

EL MUERTO DE ABAJO

En El Chorrillo las paredes de las casas tenían oídos. Y también ojos. Casi no había secreto ni intimidad entre los vecinos. La vida del prójimo se conocía al dedillo. Todo el mundo sabía el sitio en donde Petra tenía el lunar de pelos. Se olían hasta los pedos del vecino.

—¿Qué comiste Rudecindo? ¿Te llevo una cucharada de Laxol?

—¡Vete a la mierda!

¿Qué se le iba a hacer? La vieja madera, recalada de humedad y tostada por el sol, se caía a pedazos. ¡Qué pino de Oregón ni que ocho cuartos! Toda la casa estaba llena de agujeros. Los vecinos se la pasaban rellenándolos con papel periódico para poner a buen recaudo su intimidad. Los más melindrosos empapelaban la pared con fotos de revista, láminas de La Pasión alumbradas con velas y retratos de Gloria

Swanson. De nada valía. Las paredes escuchaban. Un día se oían voces airadas, gritos destemplados, golpes. Al otro día, gemidos indescifrables, como si alguien desde el otro lado del mundo se ahogara. No se podía evitar. Entonces se destapaba la hendija, la rajadura, la grieta, el agujero que dejó un viejo clavo en la pared. Y el ojo se asomaba como a un microscopio. O, mejor, como a un cinematógrafo. A través de una hendidura en la pared la vida era más nítida, se veía con mucha claridad la naturaleza humana, las sofocaciones irremediables de la actividad reproductiva. Aclaradas las cosas se dormía mejor.

Un día murió el vecino del cuarto de abajo de mi cuarto. Era un señor muy viejo, de ojos grandes como ciruelas "micoyas" y cachetes hundidos. No recuerdo su nombre, pero sí sus enormes pestañas y las largas y ennegrecidas uñas de sus manos. Mercedes, mi madre, bajó a la rezadera. Entonces, corrí el linóleo con mucho cuidado (casi todos los cuartos tenían uno) y a través de una hendija del piso pude ver la ceremonia de velación. El cadáver no parecía cadáver. Reposaba en un cajón cuan largo era, sin ninguna expresión en el rostro, exactamente bajo mis ojos, como si hiciera la siesta rodeado de mirones. En su entorno, entre cirios, flores y viejas rigurosamente vestidas de negro, habían colocado baldes con trozos de hielo y abanicos. Los deudos rezaban. Yo escuchaba y miraba con mucho susto, no por el muerto sino porque mamá podía entrar en cualquier momento y agarrarme con los ojos en la hendija. Ya, a esa edad, se nos había explicado que

"rescabuchar" era una mala costumbre y se castigaba con el rejo. No sé cómo ni en qué momento ocurrió algo que podría parecer insólito. El muerto, al que observaba fijamente en ese momento, abrió los ojos y se me quedó mirando. Ahogué un grito y brinqué hacia atrás. Era la primera vez que contemplaba frente a frente el rostro de la muerte.

EULALIA SE BAÑA EN SECRETO

Bañarse, en la casa donde vivía, en El Chorrillo, era una calamidad. Había varias regaderas en el piso de arriba y en el piso de abajo, pero no muchas. Las paredes de los baños estaban recubiertas con láminas agujereadas de zinc. El piso, ennegrecido por la mugre, el moho, la espuma y la indolencia, era peligrosamente resbaloso.

—Merce, ¿le baño a Juancito?

Nadie en la casa de El Chorrillo era dueño de algo. Los baños eran comunales, como quien dice de todos y de nadie, y se bañaba primero el que primero llegaba. Por eso desde muy temprano los pescadores y los que trabajaban en la Zona del Canal hacían la cola del baño. La madrugada era la hora de los hombres. Envueltos en toallas de la cintura para abajo, enzuecados, llevando sus propias parrillas de madera para colocar en el piso del baño y asentaderas para borde de excusados, con el cepillo entre los dientes (así como Johny Weismuller sostenía el

puñal) conversaban en voz baja de la vida ajena, de las mujeres que habían levantado y de "el foquin tanquipa* que no me deja la vida en paz, sabes". Encendían luckys strikes y apestosos camels; se afeitaban y apuraban a los que iban entrando "porque por tu culpa voy a llegar tarde al trabajo, coño".

—Merce, ¿le baño a Juancito?

Desde las cuatro de la mañana se iniciaba el desfile hacia la batería de baños. Después de los que iban al trabajo venían los muchachos que estaban en la escuela, algunos acompañados de sus madres somnolientas y de mal humor. Después de las siete, cuando el sol empezaba a calentar las paredes y del patio subía un ligero vapor, enrareciendo el aire de los cuartos hasta hacerlo irrespirable, salían las mujeres, en bata o peticotes, retorciendo largos bostezos y con las toallas, a manera de turbante, enrolladas en la cabeza.

—Merce, ¿le baño a Juancito?

Mamá no tenía que llamarme para que bajara con Eulalia al baño. Yo no sé por qué, pero siempre estaba listo cuando Eulalia, con su bata amarilla y sus pies descalzos, como quien no quiere la cosa y va de paso, llegaba a la puerta de mi casa. A mamá, la ayuda le caía del cielo. Bastante tenía la vieja (que en esa época no lo era tanto) con Martín, Edith y Blanca, y Saúl que ya crecía en su vientre.

— Merce, ¿le baño a Juancito?

---

* "Tanquipa", deformación de las voces sajonas *time keeper*, como se llamaba al que controlaba el tiempo de labor de los obreros en la Zona del Canal.

Eulalia, era una adolescente oronda y dispuesta. Debía tener entre 13 y 15 años, y había adquirido la costumbre de bañarme todos los días. Bajo la ducha se apretaba contra mi cuerpecito como si yo fuera el mismísimo Douglas Fairbank, me cubría de jabón de los pies a la cabeza, me atosigaba de besos y, colocándome en una saliente del muro del baño para ponerme a la altura de su vientre, restregaba su sexo velludo contra mi pequeño, pero erecto miembro viril. A mí me encantaba ver cómo la espuma crecía entre los dos cuerpos y caía como copos de algodón al piso del baño.

No entendía bien nada de lo que pasaba, ni qué diablos sentía, pero me gustaba. Sé que me gustaba. Me gustaba muchísimo. Por eso me dio mucha rabia el día que la oí decir:

—Merce, ¿le baño a Martín?

POR AMOR A MARILENA

María Elena No Sé Qué era la puta más linda del barrio. Había otras, pero ninguna como ella. Vivía sola, y si no fuera porque todos ya sabían nadie hubiera sabido. Trabajaba en el Happyland, un centro nocturno de mucho "caché" que quedaba por la Plaza 5 de mayo, al lado de otro que se llamaba El Ritz, cerca, cerquita del Hotel Tívoli. Dormía toda la mañana. A eso de las tres de la tarde de todos los días se levantaba, iba al baño, se ponía bonita, bien bonita, y ya, cuando el sol se ocultaba, con la cara llena de todos los colores bajaba las escaleras encaramada en sus zapatos de tacones puntiagudos: tac, tac, tac, tac. También era la puta más buena del barrio. Se llevaba bien con todo el mundo y se ganaba la voluntad de la gente. Los niños, sobre todo, la queríamos mucho. Nos regalaba cosas. Casi todas las mañanas, desde muy temprano, esperábamos que llegara de la calle. Nos reuníamos en el callejón principal de la casa, abajo, y cuando doblaba por la Avenida A, siempre a la misma

hora, dábamos la voz de alerta: "Viene Marilena, muchachos". Todos íbamos corriendo a su encuentro. Entonces, ella sacaba de su cartera chiclets, "chingongos", chocolates y nos los daba a raudales. "Llévale a Martincito", me decía. A las mamás le traía latas de "porcambins", sopas cambels, leche klim, rinso y coconuts, y galletas del comi que eran más ricas que las que se vendían en las tiendas de Panamá. Pero, no era por eso que la queríamos. Si no nos hubiese regalado nada, la hubiéramos querido igual por su manera tan querendona de ser. Nunca tenía cara de emputamiento y siempre sonreía. Nadie la veía con "manes". Las otras putas del barrio metían hombres en la casa y, muchas veces, esos tipos que nadie conocía, medio en fuego, buscaban pelea con los vecinos. Una vez uno de ellos se agarró a puñetes con Pataderrayo, el hijo de Juana "Chancletas", que era más bravo que el carajo y que fumaba canyak. Al hospital fueron a parar los dos, y después a la corregiduría, y tuvieron que pagar una multa.

El 25 de diciembre de 1945, sin que ninguno de los niños de la casa se pusiera de acuerdo, por puro egoísmo, con la esperanza de ser los únicos en presentarse a la cita y así acaparar los regalos, nos reunimos en la calle a esperar a Marilena. Algunos bajamos con nuestros revólveres de papelillo, carritos de cuerda, trompos y cometas; las niñas con sus juegos de té y sus muñecas de trapo. Estrenábamos los juguetes que el Niño Dios nos había traído esa madrugada, muy de madrugada.

A las ocho de la mañana y con el sol bien bien caliente Marilena no llegaba. ¡Qué raro! A las nueve tampoco. ¿Por qué tardaba tanto? ¿Le habría pasado algo? Todos empezábamos a intranquilizarnos. Me dio mucho miedo porque en la casa siempre se estaba hablando de la guerra y en la guerra la gente sale y no regresa. En el cine pasaba así. Nadie, sin embargo, se movía de su sitio. Era cuestión de esperar. Podía llegar en cualquier momento. De pronto el alboroto fue creciendo. Al estallido de la pólvora de los revólveres de papelillo se fueron sumando voces adultas, llanto de niños, carajazos disparados desde los balcones. De las casas vecinas y de las otras calles empezaron a llegar madres con sus niños a rastras. La noticia se había regado por todo el vecindario. "En la 26 van a repartir juguetes", se decía. El bulo, que nadie sabe quién empezó, dio vuelta a la manzana. Pero Marilena no llegó esa mañana por primera vez desde que vivía en la casa de calle 26. Después todo se aclaró. Yo lo supe primero que todos porque Eulalia, la muchacha que me bañaba todos los días, se me acercó por detrás, me haló de los huevitos y me dijo en son de burla: "Ni la esperen a la María Elena, esa ya no viene más, ayer se casó con un gringo". Todos, esa navidad, nos sentimos traicionados.

LOS JUEGOS DEL AMOR

En la navidad de 1946 fuimos felices. Papá me trajo un revólver de papelillo, con cartuchera y todo, y Eva y yo hicimos cosita. A ella, sus padres le regalaron un juego de té y, también, una muñeca grande, de celuloide, de esas que cierran los ojos cuando las acuestan boca arriba. "Mira lo que me trajo Niñodiós", me dijo muy oronda. Yo se la arrebaté de las manos con delicadeza y quise adivinar cómo funcionaba el mecanismo que hacía que abriera y cerrara los ojos. Se la devolví y le dije que la muñeca era bonita y si quería jugar conmigo. Entró al cuarto y desparramó sobre el linóleo las tazas y la tetera. Se acomodó la muñeca contra su pecho, a la manera de las mamás, y empezó a arrullarla.

Duérmase mi niña
que tengo que hacer
lavarle los pañales
y ponerme a coser.

"Se durmió ya", dijo. Luego la acomodó cuidadosamente junto a la pata de la cama. Encendió entonces una estufa imaginaria para hacer café. Ffffff, hizo el agua hirviendo con su boca. Sirvió las tazas y dijo: "está bien caliente". Yo bebí. "Está bueno", chasquié la lengua contra el paladar como hacía papá todas las mañanas cuando tomaba café, pan y mantequilla. Ese día ningún adulto estaba en casa. Papá en el trabajo, mamá en el comi con Martín. Edith y Blanca eran bebés de cuna y berreaban que era un contento en el corralito. Entonces le pregunté a Eva si quería hacer cosita conmigo y me dijo que sí. Nos metimos debajo de la cama y yo me acosté encima de ella un rato. Cuando me aburrí me eché a un lado, chasquié la lengua contra el paladar, como hacía papá, y dije "está bueno mi amor". Ella se puso la muñeca sobre el estómago y permaneció un rato bocarriba, como pujando. Luego la echó a un lado y dijo "ya nació Maruquel". Se escurrió de debajo de la cama. Recogió su juego de té y dijo que iba a visitar a la comadre Graciela que vivía en uno de los cuartos de abajo. Chasquié la lengua, como hacía papá, y le dije: "Regresa pronto, negra"

PATADERRAYO

Muy poca gente sabe por qué a Jaime, el hijo de Francisco "Tronera" y Juana "Chancletas", le decían "Pataderrayo" en el barrio de El Chorrillo. No es, como imagina la gente, porque era delantero del equipo de futbol de Barraza o porque pateara la bola como burro "escarmentao". Una cosa no tenía nada que ver con la otra. Jaime, además de futbolista, era canyacero. Así le decían a los que fumaban canyac, una hierba que volvía loca o pendeja a la gente, y que también se llamaba marihuana, quenque, hierba santa, verdolaga y quién sabe de cuántas otras maneras.

Todo el mundo sabía cuando Jaime estaba "trabado" porque echaba candela por los ojos y la lengua se le ponía pesada. "¿Qué pasó, manito", decía con voz estropajosa cuando atravesaba el balcón moviendo el cuerpo, desnudo de la cintura para arriba, como nave

al garete. Pero, con todo y su canyac, no era un tipo malo y siempre trataba con respeto a la gente mayor de la casa.

En aquellos tiempos no era como ahora. El canyac era como el pan diario de cada día, costaba poco y circulaba libremente por el barrio. Había tipos que la cultivaban en su casa, en potes, y nadie se metía con ellos. Los canyaceros, por otra parte y como ahora, no tenían buena reputación. La gente les tenía miedo, las mamás los odiaban y siempre nos aconsejaban que no nos acercáramos a ellos. "Esos no son hombres", decía papá. "Los hombres no necesitan canyac para ser hombres". Era toda una campaña.

Pero eso tampoco viene al caso. La verdad es que Jaime, el día de la pelea estaba de lo más fresco, sacándose mocos de la nariz, mordiéndolos y escupiéndolos, mientras hacía turno para ocupar el baño. Era muy temprano y todavía no le había metido al quenque. Tenía, como casi siempre, la mirada de los que nada tienen que hacer y ciertamente miraba sin mirar a Felicia, la puta mala del barrio, que en ese momento hacía su "show" rambulero en la puerta de su cuarto. Estaba allí con un tipo de mala facha, un fulano que llegó con ella a la hora en que los hombres que iban a trabajar hacían la cola del baño. Al poco rato de entrar casi a rastras a su cuarto, más borracha que un alambique, empezó a dar quejidos estremecedores. Pero la gente del vecindario ni se inmutó porque estaba acostumbrada al "show" y, al parecer, a ella le placía lo que le estaban haciendo. Y por lo visto no era que la

estuvieran matando. "Dale más duro mi papi, más duro", gritaba la muy.

Estaba allí, en el marco de la puerta de su cuarto, en arrumacos con el mentado "Mipapi", como para que todo el mundo la envidiara. Ningún vecino, que bien la conocían, le prestaba atención. Pero ese día, apretando una sonrisa entre el camel y los labios le dijo a Jaime:

—Pajizo.

El aludido se levantó sin ninguna prisa y avanzó en dirección a Felicia. El mentado "Mipapi" sacó a Felicia del medio con un cariñoso "apártate" y de un puñetazo lanzó a Jaime contra las rejas del balcón. "Pelea, pélea", grité eufórico. Casi enseguida la gente salió de sus cuartos en pijamas, batas y calzoncillos. Jaime volvió a la carga y recibió gancho de izquierda al hígado, combinado con upercout en la barbilla. "Sepárenlos". "Déjalos, qué se quiten las ganas". La mamá de Jaime, en camisón y chancletas, daba gritos histéricos y golpeaba inútilmente el cuerpo de "Mipapi" con una escoba.

El círculo de vecinos se cerró alrededor de la reyerta. "Dale, Jaime, dale". "No te dejes", Jaime. "Amárralo, amarralo". Jaime masculló una palabrota, escupió sangre y volvió a atacar. El rival, con destreza, esquivaba sus manotazos y colocaba sin ninguna dificultad jabs de izquierda sobre su cara enrojecida. "Ese 'buay' es boxeador, es una canallada lo que está haciendo", susurró alguien: "Llamen a la policía, 'hombe'". Todo el mundo daba por hecho la debacle.

Iban a convertir en puré de ñame al peleador de la casa. De pronto, algo pasó. El mentado "Mipapi" cayó sobre sus rodillas, agarrándose los testículos, dando alaridos y diciendo palabrotas que harían enrojecer de envidia a todos los diablos del infierno juntos. "¿Qué pasó, que pasó?"

A los pocos minutos llegó la policía con su "vamos vamos todo el mundo se me retira de aquí" y se llevó a los dos peleadores para la corregiduría. Se fueron seguidos de Felicia, que decía: "Yo no conozco a ese man, por mi parte y la del cura que lo manden a Coiba". También iban Juana "Chancletas", "Oquei", que era policía y vivía en la casa, y una turba de testigos a declarar a favor de quien defendiera como varón los colores de la casa, para que respeten. Casi nadie se había dado cuenta de cómo culminó lo que la historia consagró como la batalla de la semana en esa casa de la calle 26 de El Chorrillo. ¿Cómo pudo ganar el que estaba a punto de cantar el manicero, ah? Después las cosas se aclararon. "Lo que pasa es que Jaime pateó allí donde tú sabes." "Pero yo estaba ahí y no lo vi". "Es que lo hizo muy rápido" "¡Jo, pata de rayo!", dijo alguien con admiración. Es así como lo llamaron, desde ese día, en el barrio de El Chorrillo: Jaime Pataderrayo.

MAL DE OJO

en trapos como una momia egipcia. Desde muy chico me acostumbré a verla emerger de las sombras con la cabeza cubierta con algo muy parecido al turbante que llevaba Conrad Veidt en El ladrón de Bagdad. "El sereno es pésimo para los huesos", comentaba con los

(Ya adultos sospechamos, siempre con terror de equivocarnos, que ni ella misma sabe con exactitud en qué parte del cuerpo duele el dolor.) Entonces, como ahora, se adhería parches de caraña hedionda detrás de las orejas, ungüento algecida en las coyunturas y tragaba amargos brebajes de raíz de calaguala, hoja de cola de caballo y barbas de maíz que preparaba, sin azúcar, en agua hirviendo. Era de las que cuando uno de nosotros (Martín, Edith, Blanca o yo) se resfriaba, en vez de ventilar el cuarto, cerraba puertas, ventanas y hendijas para que el aire de la noche no entumeciera nuestros cuerpos. Nos *embatumaba* de cebo de cuba, hervía una tisana y nos las hacía beber a sorbos con una aspirina bayer. Luego, como si todo eso fuera poco, nos arropaba de pies a cabeza para que sudáramos la fiebre. Se preocupaba tanto por sus hijos que, de los doce que nacimos, no murió ninguno, contraviniendo las estadísticas de entonces.

Una vez me dio una calentura que no se me quitaba ni con mentolato chino. Una vecina a la que le decían Juana "Chancletas", por su manía de arrastrarlas, se me quedó mirando y dijo: "Tiene mal de ojo, Merce, está ojeao". Las mujeres del vecindario hicieron una "junta médica" (que más bien parecía un aquelarre) para aplicar un remedio expedito porque mija el mal de ojo no lo curan los médicos de ahora, quevá.

—Eso se cura con meada de señorita —dijo una de las "brujas" más viejas.

Ni modo, trajeron a Graciela, la hija de Eufemia, que por esos días tuvo su primera menstruación ade-

lantada y la hicieron orinar en una bacinilla detrás de la puerta. Mamá Mercedes entonces me colocó sobre sus rodillas, con la cabeza colgando sobre un platón, y dejó caer el chorro tibio sobre mi frente. Tres días con sus noches se estuvo mamá empapando mi cabeza con la orina reciente que la precoz Gracielita le procuraba, solidaria y solícita, sin que cediera la calentura. Al cabo de ese tiempo escuché a mamá desencantada y rabiosa decir como para sí misma:

—Viste, yo sabía que esa muchacha no era señorita.

OQUEI

La patrulla de la policía militar del ejército de Estados Unidos daba vueltas en redondo por el parque de Santa Ana cuando se encendió la señal de la radio. "Atention, atention, MP one four two, unit go to Charlie's bar, in K Strett. A soldier cause conmotion".

Oquei, el policía panameño que servía como lazarillo de los militares estadunidenses en sus recorridos por bares y prostíbulos de la ciudad, aguzó el oído: "Un foquing gringo está haciendo la foquing cagada en la foquing cantina del griego", tradujo mentalmente con un humor de los mil demonios. Cada vez que algo como eso pasaba perdía horas de sueño. Tenía que quedarse hasta el amanecer esperando que los foquing "empí" dieran su foquing informe para que él, precisamente él, el más pendejo de todos los pendejos, no llegara temprano a su foquing cama. Entonces los gringos llegaban a la Police Station de Balboa, con el amanecer en su apogeo, daban su informe mientras él, encogido

sobre las asentaderas, trataba de descabezar un sueño en el asiento posterior de la patrulla. Nunca nadie le dijo en la polis esteichon señor García cómo está usted. Era un cero a la izquierda.

Iba de bar en bar, viendo putas y borrachos, bebiendo café sin azúcar de un termo más viejo que la mamá de Matusalén. Todo lo que hacía era indicar a los policías gringos las calles por donde debía avanzar la patrulla para llegar más rápido: "tu di rai", "tu di lef", "estop gier", esas huevadas. Ellos se limitaban a preguntarle con gentileza, casi con burla, cada media hora: "How are you, mister García" solo para oírle contestar en mitad del bostezo: "Oquei saryent, ebritin oquei". Y cuando lo dejaban en una esquina para que tomara la chiva de El Chorrillo y le decían: I see you tomorrow, contestaba "oquei" y se iba para el carajo.

Él mismo decía que de tanto andar con la mierda algo se le pega a uno, aunque sea el olor. Con eso quería decir que de tanto andar con gringos para arriba y para abajo ya hasta machucaba su poco de inglés. "Teiquirisi", les decía a las muchachas del barrio apuntándolas con el índice y una sonrisa de oreja a oreja. Muy pocos en El Chorrillo debieron conocer su verdadero nombre. Era Oquei y punto. El nombre se le fue adhiriendo de a poco, naturalmente, como la saliva a la lengua, porque vivía y moría con la palabra "oquei" en la boca. ¿Cómo estás? "Oquei", contestaba. Te invito a un trago: "Oquei". Los aliados desembarcaron en Dunkerke: "Oquei". La chiva está en el monte y los chivitos se perdieron: "Oquei".

EL TIRO DE GRACIA

—Ora te llino (que traducido a lenguaje de adulto quiere decir "ahora te orino") fue lo que le dije a Pataderrayo, el hijo de Pancho Tronera y Juana Chancletas el día que, manipulando el dedo del corazón como un diminuto látigo, me "quiñó" el lóbulo de la oreja. Todavía tengo memoria del dolor de aquel día, pero sobre todo del sentimiento de desencanto que dejó en mi joven corazón. Hasta ese día yo creía que Pataderrayo era mi mejor amigo porque a veces bajaba con él hasta el rompeolas de Barraza para verlo zambullirse en el mar, permanecer debajo del agua segundos que parecían eternos y salir con la *dientera* pelada por donde menos uno se lo esperaba. Fue, además, mi primer maestro de boxeo. Me enseñó a "japear" con el puño cerrado, a jugarle la pacheca a los ganchos de izquierda con un movimiento de cintura, a saltar en la punta de los pies. El día que lo vi fajarse a golpes con uno de los bravucones que la Felicia metía de

noche en la casa de El Chorrillo fue cuando le dije que me enseñara a boxear. Y me dijo que sí. También me enseñó palabras sucias: pipí, picha, mota, tontón, micha, garrote, caobo, morcilla, ñinga, pupú, esas cosas.

A la gente de la casa de El Chorrillo le gustaba verme bravo. Dicen que cuando me enojaba contraía las mandíbulas de una manera tan graciosa que nadie resistía la tentación de provocarme. Adulto que pasaba a mi lado adulto que me daba con los nudillos en la cabeza, me halaba el cabello o me decía barbaridades. Casi siempre lograban su propósito: sacarme de quicio, oírme decir palabras de grueso calibre que ellos mismos me enseñaban y que harían palidecer de envidia a José No Sé Cuánto, ese párroco español, amigo de papá, que daba misa los domingos en la iglesia de Santa Ana. Entre paréntesis: (con ese cura aprendí como sopotocientas maneras distintas de mentar la madre al prójimo).

Casi me quedé mudo cuando Pataderrayo le sacó chispas a mi oreja. Apenas alcancé a decirle ora te llino. Él siguió tan alegre y campante como si nada; y yo, desde ese momento, no lo perdí de vista. Entró a su cuarto y no sé qué le dijo a Juana Chancletas, pero debió ser algo muy feo porque salió como bala por tronera. apenas unos segundos antes de que lo alcanzara una chancleta voladora. Recogió la chancleta y se la devolvió a su madre más fresco que una lechuga. Tiró de la soga del tendedero que iba por carruchas de un balcón a otro y descolgó un par de calcetines que todavía estaban humedos. Se quitó el zapato del pie derecho y haciendo equilibrio sobre la pierna izquierda se puso el calcetín. Hizo lo mismo con el

pie izquierdo equilibrándose sobre la pierna derecha. Entró y salió del excusado dos veces. Al pasar frente al cuarto de Felicia trató de ver a través de las persianas. Después bajó las escaleras y, justo debajo de donde yo estaba, encendió un camel. Entonces me abrí el pantalón y lo oriné. Gritó tan fuerte el nombre feo de esa cosa que las mujeres tienen debajo del ombligo que todos los vecinos se asomaron al mismo tiempo. Era como para tomar una fotografía. Abajo, Pataderrayo sacudiéndose, secándose con un pañuelo la cabeza, gritando pelao de mierda me las vas a pagar. La casa se quería venir abajo de las carcajadas de los vecinos. El mismo Pataderrayo alzó la cabeza con dignidad, sonrió y con el índice me dijo que estaba bien, que algún día se las cobraría. Arriba, yo seguía apuntándolo con mi disparador de orines.

SUCESO DE DÍA DOMINGO

Desde que le vino la primera menstruación, cuando apenas acababa de cumplir los once años, la gente, que era muy chusca en El Chorrillo, decía que en el hogar de los González se cumplía la regla de Graciela y se acataban las reglas de Venancio. Y una de esas reglas era que la señorita prematura, a la que todos bajo cuerda llamaban la *adelantada del mar del sur*, no anduviera sola por las calles de este Mundo porque "como están las cosas una no puede confiar ni en Mariasantísima". Las reglas eran la reglas. Por eso cuando el viejo Venancio decía no, era no. Pero resulta que ese día Eufemia, la madre, sufría un dolor de cabeza tan fuerte tan fuerte que le traqueaban los huesos de todas las coyunturas (aunque una cosa no tuviera nada que ver con la otra) y lloraba como la María Magdalena. Y, para colmo, Venancio no estaba. Sus otros hermanos, que eran un montón, pero menores, y que no tenían problemas con la menstruación, se habían ido quién sabe a dónde.

"Vaya corriendo a la farmacia, mija, y tráigame una aspirina, que me muero pues". A Graciela (de sólo imaginar que tenía que atravesar tres calles, que la farmacia estaba rodeada de cantinas y bodegas, que tenía mucho miedo a los hombres esos que le decían cosas como "murrunguita" bonita ahora que empezaban a brotarle los corocitos del pecho) el corazón le empezó a saltar como sapo viejo en una pecera de cemento. Iba a decirle a Eufemia que no porque después papá me regaña mamá. Pero los lagrimones que corrían por las mejillas de su madre le congelaron el no en la garganta. Apretó el real y bajó corriendo las escaleras.

Antes de doblar la esquina de la Avenida A, esa calle larga y silenciosa que llegaba hasta el mar, estiró el cuello y miró cuidadosamente. No vio a nadie, a no ser por un montón de perros pulgosos que se disputaban pedazos de huesos o quién sabe qué alrededor de una tinaquera. Cruzó la calle. Era domingo. El amanecer se empinaba detrás de las casas de madera con una juma de los mil demonios. Las tijeretas jugaban a ser aviones en los aleros más altos. Así era ese día. Un vientecillo de verano, marinero y juguetón, rescabuchaba la ropa de los tendederos.

Y ese día nadie, aparte de mí, se dio cuenta de cómo pasó lo que pasó. La cosa pudo ser de lo más cómica si Graciela hubiese sido otra, si su padre no fuera el mismísimo Venancio, si a los once años recién acabados de cumplir no le hubiese venido la menstruación. Pero Graciela era Graciela y eso nadie lo iba a cambiar. El

gringo, que no tenía más de dieciocho años, salió de la cantina, en compañía de unos diez más, y como quien va de paso, pasó la manota muy suavemente por los apretados glúteos de Graciela que, del mismísimo susto, no pudo decir esta boca es mía.

El muchachote no la tocó con brusquedad. La tocó como una mariposa a una flor, sin dañarla, haciéndose más bien el gracioso con sus amigotes que, a poca distancia, no dejaron de reír por un solo instante. Lo que ocurrió ocurrió en unos cuantos segundos. Los gringos siguieron su camino y Graciela echó a correr hacia su casa, con rabia de señorita recién estrenada, temblando como una hoja de papel. Aquel muchacho y sus amigos olvidarían el incidente diez minutos después, estoy seguro. Graciela no lo olvidó jamás. Ni yo.

EL TIEMPO

La noche del primer día que llegué a casa de la abuela, el 15 de febrero de 1946, atraído por la avasalladora grilla, y también por un inédito croar de ranas invisibles, me asomé boquiabierto al Mundo. El tío Alejandro, que apenas era un año mayor que yo, encendió una lámpara de querosín para evitar que tropezara con taburetes, bebederos de gallinas, palanganas, sillas de montar a caballo, tinajas y chécheres esparcidos por el portal. No era necesario. El niñito de la ciudad era un gato con botas, tío, y no le tiene miedo a la oscuridad. No había luna, pero las estrellas estaban por todas partes. Millones de puntos luminosos brillaban sobre mi cabeza, más allá de lo que debería ser el horizonte, y todavía más allá y más allá. Nunca antes había visto el cielo de esa manera. Nunca lo volvería a ver igual. Me acosté bocarriba en la pradera tapizada de florecillas silvestres. Los cocuyos se encendían y apagaban como pequeños faroles sobre

la hierba. El soplo de la brisa era fresco y limpio como debía ser el aliento de los ángeles. Sentí que la tierra se movía bajo mis espaldas. Y de veras se movía. No tuve, a esa hora, conciencia de alimañas, fantasmas, brujas, madre rezongona. En algún momento, sin dejar de mirar a las estrellas y de calcular las distancias, debí preguntarme quién dónde y cómo sería ese Dios del que tanto hablaba mi madre. Floté en aquella inocua neblina que se forma en el instante en que la temperatura del aire desciende y rodea como una caricia la superficie caliente del suelo, que no se la ve pero que se la siente como una especie de rocío temprano, y me estremecí de cuerpo entero. Estaba, de alguna manera, solo.

Y sentí el tiempo.

Era yo y el universo. Esa noche, en Bejuco, en la tierra de mis abuelos, me arrebujé en la hierba con mi primera sensación de infinito.

LA TÍA PAULA

—¿Cómo se llama ese pájaro que canta en la rama?

—Bimbín — contestó la tía Paula.

—¿Por qué cantan los pájaros, tía?

—Porque sí —contestó.

—Y... ¿qué comen?

—¿Quiénes?

—Los pájaros.

—Comida, pues.— La tía Paula apartó la hoja de zinc que cubría la boca del agujero en la tierra y, de rodillas, empezó a sacar el agua empozada con una totuma.— Aquí está el pozo dijo.

—¿Qué es eso? —pregunté señalando la espuma, que parecía de jabón, que flotaba en el agua.

—Baba de sapo —me contestó sin dejar de hacer lo que estaba haciendo. No le creí mucho y esperé un rato con la esperanza de que me explicara mejor. La tía Paula hablaba poco. Había que sacarle las palabras con tirabuzón.

—¿Qué hace, tía? —le pregunté.

—Achico el pozo —me contestó fastidiada. —¿No ves?

El hoyo estaba junto al río. De boca ancha y paredes de una arcilla roja, veteada de blanco, tan poco profundo que no cubriría mi estatura.

—¿Para qué achica el pozo, tía —insistí a ver si averiguaba qué era lo que estaba pasando.

—Para encontrar agua limpia —me dijo.

—¿La ayudo?

—Bueno.

¿Cuántos años podría tener la tía Paula? No menos de diez, no más de doce. Casi me doblaba la edad. Era, en términos relativos, una vieja si se la comparaba conmigo. Debería saberlo todo. Me dio la totuma y la ayudé como pude. Mientras trataba de secarlo por completo vi cómo el agua cristalina manaba de la tierra a borbotones. ¿De dónde viene al agua, tía? Me dijo que era un manantial y yo pensé que salía del centro de la tierra.

Estaba impresionado. Esto era una verdadera novedad. El campo se parecía muy poco a la ciudad. En mi casa, en El Chorrillo, no tenía que hacer tanto esfuerzo para conseguir agua. No había río. Nada más se abría una llave y salía el chorro. Tocabas un botón y la luz se encendía. Para lavar no era necesario ir hasta el río y, tampoco, golpear la ropa contra las piedras. También estaba el mar. El mar era más bien silencioso. El río, en cambio, tenía voz, bramaba como un toro viejo en su lecho de piedras.

Mi tía llenó la lata casi hasta el tope, hizo un rodillo con un trapo y lo acomodó entre la lata y la cabeza. Juntos hicimos el camino de regreso a casa de la abuela. A veces con una y otras veces con las dos manos apoyadas en la cintura, la tía avanzaba entre zarzas, cagajones, ortigas y dormideras, haciendo equilibrios con la lata y sin derramar una gota. No dejé de hacerle preguntas durante todo el tiempo que duró la jornada. Nada era ajeno a mi curiosidad: los sonidos inéditos de la selva, el colorido plumaje de los azulejos, sangres de toro, talingos y bimbines; el ganado pastando en breñas y pajonales, los pavos arrastrando sus pellejudas estirpes, los barbados capullos de maíz; los promontorios piramidales, como casas de arrieras, que se veían humear por todos lados quemando mangle para el carbón, el pilón de donde sacaban el arroz a golpe de mazo, la hilera de huevos de iguana tostados al sol...

La tía Paula gruñía respuestas que me dejaban en babia.

Ya cerca de la casa le hice la pregunta que quise hacerle a alguien desde aquella noche en la que, acostado sobre la hierba húmeda frente al portal de la casa de la abuela, contemplé a mis anchas el cielo estrellado:

—Tía, ¿cómo es Dios?

Debió ser la manera como hice la pregunta. La tía me miró como si hubiese visto al Diablo y trató de persignarse. Ave María Purísima dijo con tan mala suerte que la lata se le resbaló de la cabeza, dando

contra el suelo. Entonces, mientras la tía armaba su berrinche, vi el charco fugaz y cómo poco a poco el agua regresaba al centro de la tierra.

EL OFICIO DE MI TÍO

El Bejuco de mi infancia es una pequeña población a orillas de la carretera Interamericana, esa que atraviesa el territorio de Panamá de este a oeste y que, pretenciosamente une, si acaso nos diera por hablar de vías terrestres, a las dos masas continentales del Hemisferio Occidental conocidas como Norte y Sur.

Bejuco es un sitio apacible. Visto desde arriba debe parecer un entretejido acuático. Ríos, riachuelos, arroyos, manantiales y quebradas que bajan de las lomas cercanas se precipitan al Pacífico para formar un estuario de aguas apacibles. Tierra de llanos: abundan los pastizales, los potreros, las tierras de labranza, los manglares.

Una que otra vaquita para la leche no hizo ganaderos a mis tíos. Aunque sembraban el maíz, la yuca y el tomate que se comían, tampoco eran labradores. De tarde en tarde, en pangas de holgadas plataformas, se

echaban a la mar y con trasmallos que tejían las hembras ocasionales que llegaban a la casa para compartir sus progenituras, pescaban jureles, pargos, agujas y corvinas. Pero, no por eso eran pescadores. A la mesa traían paticuervos, iguanas, armadillos, tortugas, conejos pintados, zainos y, de cuando en vez, venados que cazaban con ingeniosas trampas y con una vieja escopeta calibre 12 en los bosques cercanos. Pero, tampoco eran cazadores.

A mis tíos la vida los hizo carboneros.

Si mal no recuerdo una de las actividades más importantes del lugar era y sigue siendo producir carbón de madera. Y mis tíos, que quién sabe por vía de qué ancestros le vino la vocación, producían el mejor carbón de leña de Bejuco. Gente sencilla, sin ambiciones desproporcionadas, trabajaban de sol a sol, pero sin matarse. En el verano iban por el mangle que crece en lugares húmedos y pantanosos. Pude comprobar más de una vez que el mangle es una madera resistente, que crece recta, y que se usa, fundamentalmente, en la construcción de las viviendas rurales: lo mejor que hay para sostener la penca de los ranchos, decía Sixto, el hermano mayor de mamá. "El mangle tiene muchos usos", decía. "Es la mejor madera para fabricar carbón, quema bien y da poco cisco".

Mis tíos sacaban el mangle de la costa, lo transportaban en unos caballos rengos y roñosos que pastaban casi todo el día frente a la casa de la abuela. Allí se quedaba un tiempo la madera, aromando los campos, albergando alimañas, sirviendo de cagadero a las ga-

llinas. Después, poco a poco, bebiendo y cantando, mis tíos la descortezaban con unos machetes romos, recortados casi hasta las cachas. Por último, para que escurriera toda el agua con ayuda del viento y el sol, entrecruzaban las varas como las tibias de las calaveras que traen las botellas de veneno impresas en las etiquetas.

Llegada la hora, con el mangle seco, partido en pedazos, tejían las armazones en forma de pirámide, le daban candela y la cubrían con varias capas de tierra. Para qué son esos huecos, tío, preguntaba curioso. "La llama necesita oxígeno", contestaba el tío Sixto. Me llamaban la atención unos pequeños agujeros en la base del cono que, como después pude entender, servían de respiradero a la madera encendida. Era una técnica sencilla. "Es para que la madera no se queme del todo, para que la leña quede con hambre", decía el tío Sixto con ánimo de que entendiera, "en el carbón debe quedar atrapado el espíritu del fuego".

Ese verano los vi afanarse mucho, ir de un lado a otro, acariciar las pirámides para conjurar vaya uno a saber qué maleficios, calarles el calor con el dorso de la mano como a los enfermos, respirar la densidad del humo que salía por el agujero superior, poner el oído para sentir el traquido de la madera, abrir y cerrar agujeros, calcular el tiempo para que no escapara el espíritu del fuego. Algunas de las tardes de aquel verano vi un miedo que no conocía en la cara de mi tío cuando opacos nubarrones, atraídos por los vientos del norte, aparecían por los lados de las lomas. El miedo

era justificado. Pudo ocurrir, como otras veces, que una lluvia repentina y torrencial malograra el esfuerzo de todo el año. La zafra de carbón ese año fue más bien buena y sólo muchos años más tarde, cuando el tío Sixto, agonizaba en un hospital con los pulmones podridos pude entender la cara que puso el día que le dije que yo quería ser carbonero:

—Este es un oficio de negros, muchacho —me dijo.

LA GALLINA ENANA

La Enana vino a mí con pasitos nerviosos. Veía que yo la veía. Y presentí que ella presentía, por la manera como me miraba de soslayo, que aquel camino de maíz pilado y afrechos que tracé desde el palo de mango hasta la cocina, atravesando el portal de la casa de la abuela, era la más inicua y perversa de las trampas que un niño de seis años, llegado de la capital, pudo jamás concebir. Había que ser muy "buchipluma no más" para no darse cuenta. Y ella, en ese momento, era una pobre gallina y yo Sandokan el tigre de la Malasia.

No es fácil entrampar gallinas. Lo primero que hay que hacer, antes, es estudiarlas bien bien. Darse uno cuenta de lo que comen, en qué rama de qué palo duermen, qué gallo las pisa, cosas así. En muy pocos días supe que lo primero que hacía la Enana cuando se bajaba de la segunda rama del mango hilacho que daba sombra a la casa de la abuela, por los lados de la cocina,

era correr hasta los bebederos junto al asadero de pepitas, antes de que el mentado Kikirikí, el gallo más quisquilloso del gallinero, y papá de todos los hijos de la muy, se le encaramara encima y, más erizado que un cepillo, diera su grito de guerra. Después de que Kikirikí la pisaba, comía: caracoleaba junto a otras gallinas, pavos y patos, pica que pica los cagajones recientes, las cucarachas escurridizas, que en vano buscaban refugio debajo de las hojas secas. Daba caza a los grillos aletargados por el rocío y escarbaba "churúes" entre el polvo y la tusa que el viento matutino revolvía cerca del "pilón" de las tías.

Para quien había nacido y vivido toda la vida vivida en un barrio urbano de los meros mero, Bejuco, rural, tosco, sin acueducto ni alumbrado eléctrico, al que se llegaba por una carretera larga entre praderas y apretada vegetación, era, literalmente hablando, otro mundo. El espacio, allí, se explayaba. El aire, cuando no soplaba la brisa levantando polvaredas, blasonaba transparencias y no olía, como en El Chorrillo, a gas de cañería. También el cielo parecía un poco más azul y las noches más oscuras. La algazara de grillos, ranas, loros, pericos, perros, pájaros y de las manadas de titíes que de cuando en vez merodeaban en las ramas altas de los árboles que daban sombra a la casa de la abuela, originaban una forma perniciosa de silencio porque, pasado cierto tiempo, se escuchaba pero no se oía.

Aprendí a trepar árboles, armar trampas para cazar palomas, a salcochar en racimos los huevos que las tías sacaban de los vientres vivos de las iguanas, a

apuntar con el biombo calculando con anticipación la trayectoria de los pájaros en vuelo, a asar pepitas de marañón, a decir malas palabras (tan malas como las que aprendí del padre José No Se Qué en El Chorrillo). También aprendí a ponerle el bozal y la enjalma a los caballos, espolearlos, dirigirlos hacia la izquierda o hacia la derecha, y detenerlos en seco con un soo caballo soo. Escudriñé la técnica de los gallos para atraer a las gallinas y, luego, pisarlas; a los caballos, que después de olfateos, arrumacos y patadas, penetraban a las yeguas con sus enormes sexos; a los toros levantar sus pesados cuerpos sobre las patas traseras para cubrir a la vaca en celo; a los cerdos trenzados en pavorosos berridos de placer. Escudriñé los nidales de las gallinas cluecas. Vi salir a los pollitos del cascarón, a las perras expulsar sus vástagos, a la bruja del pueblo curar a la Tía Petra con menjunjes, rezos, y un vaso de agua que todas las noches la abuela dejaba debajo de la cama para que atrapara el daño que le puso una vecina celosa.

¿A qué se debía mi obsesión por atrapar a la Enana? ¿Tal vez porque un día aprovechó un descuido mío para picotear el arroz que me estaba comiendo? De pronto, sin que nadie se apercibiera, saltó de un banco a la mesa y metió el pico en el plato las tres veces que quiso. "Iadeputa" le grité sin atinarle con la cuchara que le arrojé sin pensarlo dos veces.

—¿Quién le enseñó a decir esa palabrota tan fea? —vociferó la muy beata tía Paula, retorciéndome la oreja.

—A esa edad no se sabe lo que se hace ni lo que se dice —saltó mi abuela al rescate.

Hasta ese día sólo había escuchado decir linduras de la Enana. Que si era la madre más madre de los más berracos gallos de pelea de la bolita del mundo amén, que si empolló a más de cuarenta campeones en los últimos años, que si los tíos casi se quedan con toda la plata que corrió como riada en la galleras de Bejuco, Chame y alrededores durante las fiestas de San José y María Auxiliadora, los santos patronos de Chame y Bejuco.

La verdad es que la casa de la abuela, de quincha y tejas, más bien parecía un gallinero a cielo abierto. Los animales se tenían como de la familia y a todos se les llamaba por su nombre. Gallinas (Pelona, Carata, Tulivieja); gatos (Sombra, Mandrake, Feoconganas); perros (Satanás, León, Chombo) estaban por todos lados, sin encierro, metidos hasta en las recámaras de la casa. Las tías se la pasaban todo el día dando escobazos, ufas, soos, zapes y recogiendo por doquier las cagadas de unos y otros.

En la casa de la abuela había gallinas más hermosas y también más feas, pero la Enana era diferente. Además de su ridículo tamaño, tenía la mala costumbre de meter las patas y el pico en el arroz ajeno. Por eso no fue difícil atraparla. Tal y como lo había imaginado, siguió el rastro de maíz pilado hasta el rincón de la casa en donde Sandokan (que era yo) agazapado detrás de un baúl la esperaba, y zas.

—¿La mato, abuelita?

Estoy seguro de que cuando dijo "sí" con su sonrisa de abuela consentidora, cómplice irremediable de su primer nieto, no imaginó la destreza calculada con la que procedería, antes de que descubriera mi anticipada determinación de retorcerle el cuello a la Enana con rápidos y despiadados movimientos giratorios, aprovechando el peso de su propio cuerpo. La Enana cayó al suelo sacudida por los estertores y la abuela casi escupe la chapa del susto. A mis tíos, a punto de abalanzarse sobre mí, apenas si pudo detenerlos con el característico gesto conspirador de las abuelas que tienen la soberana obligación de demostrarle al mundo que un niño de seis años está exento de toda culpa y de castigo porque no sabe lo que hace. Y yo de lo más contento porque pude explorar con mis propias manos el tránsito de un estado de vida a un estado de muerte, en bichos que no fueran simplemente hormigas, caracoles, moscas, cucarachas o mariposas. Y porque sabía que, llegado ese momento, podía contar con la abuela.

II
LAS HUELLAS INICIALES

EL ALMIRANTE DE LOS TORMENTOS

¡Joder, el infortunio es mi sino! La intriga cortesana rige los destinos de la gente bien nacida. He sido despojado de todos mis honores y títulos. De un plumazo dejé de ser Almirante, Virrey y Gobernador General destas islas, destas tierras, destos mares descubiertos y ganados para Vuestras Majestades. He dado con mis huesos en la cárcel en pago de mis servicios a Dios y a la Corona Española. Se me atribuyen y perdonan pecados que no cometí y ahora, por fin, he vuelto a la mar, a las Indias, en busca del estrecho natural que llevará a nuestras naves a Cipango viajando de este a oeste. Bastidas, el escribano, merodeó, antes que yo, las tierras del poniente, con tan buena estrella que hoy gasta la fortuna de sus rescates en líos judiciales con el comendador, Francisco de Bobadilla, mismo que envióme encadenado a España. ¿A qué deidad debo atribuir mi mala suerte, la que me

acompaña como una segunda sombra desde que salí de Cádiz? ¿A quién culpar de mis fracasos? ¿Cómo justificar tal descalabro ante mi Señora Reina? Debo argumentar cautelosa y convincentemente para evitar que caiga sobre mí la tanta maledicencia de quienes aspiran a desplazarme, ocupar mi lugar y heredar las grandes ganancias que esta empresa de las Indias supone. ¡Por los cuernos de Saturno, lo proclamaré a los cuatro vientos: no son los humanos destas tierras, tan primitivos y sin curialidad, los gestores de mis tantos fracasos sino los elementos! De mi puño y letra se sabrá, y no de oídas, que esta zona de la mar es de dura navegación y causa de mis desdichas.

Sí, catorce días con sus noches soporto tormentosos vientos refugiado en Bastimentos. Salgo de allí con mis ciento cincuenta hombres cuando aún el mar no aplaca su ira. No avanzo mucho porque, ¡hostias!, el viento y el gran oleaje vuelven a exturbar nuestros naves, obligándonos a volver y encontrar, por fin, refugio en el puerto del Retrete. Quince días estamos en este sitio soportando las crueldades del tiempo, toda clase de alimañas y el malhumor de la tripulación que no cesa de maldecir, de cagarse en Dios y en su capitán, que tal soy yo. Al reiniciar viaje, unas pocas leguas adelante, se vuelve la tormenta con tanta o igual furia que al principio, acelerando mis fatigas y mis males. La llaga de la pierna se me irrita tanto que parece que va a reventar como un odre viejo. Fea la veo. Todos me consejan. Mi hermano Bartolomé opina que no debo alejarme de la costa hasta que la tormenta se apacigüe.

Mi hijo Fernando, que es ya todo un hombre, no se aparta de mi lado y se aferra a los mástiles cual grumete campeador. Las olas son altas y el viento sopla en todas direcciones. Nunca en mi vida de navegante vide cosa tal, odisea digna de Ulises. Los truenos exuberan. Los relámpagos iluminan la noche y el agua parece hervir en una gran caldera. Todos creemos que las tablas y mástiles van a ser sacados de sus sitios y que de esta nadie nos salva. Del cielo cae tanta agua que es como para llenar otro tanto de mar como éste, en el que navegamos a la buena de Dios y del Diablo. La tripulación sigue cagándose en todos los dioses del cielo y de la tierra, y en el capitán, que soy yo, mientras el señor sacerdote en su litera, rodeado de chupalámparas, chorreado, más pálido que una churra, reza padrenuestros desaforadamente. Casi sin poder regreso a Puerto Gordo para reparar las naves, y vuelta a ponernos en camino. Enfilo rumbo a Veragua, a contraviento, pujando en contra de la corriente que no cesa. Pero ya yo y los demás estamos hasta las narices de tanto avasallamiento de los elementos naturales. Por eso, cuando veo que la tormenta vuelve a cobrar fuerza, rápidamente ordeno arrimar los navíos a la costa y esperamos. Estoy en puerto por los días de Navidad, harto de todo, comiendo morondanga, pescados, carnes de cacería de tierra adentro y extrañas raíces pasadas por agua caliente de la que se alimenta la gente de estos lugares. Después de año nuevo me echo a la mar con los carcamanes que aún tengo y llego a Veragua, como bien recuerdo, el Día de Reyes. Atraco

a la salida de un río apacible, de aguas transparentes, de poca hondura y de confiable cariz. Hago preparar una tisana, de la que bebo con satisfacción, y pongo ungüentos a la llaga de mi pierna que, gracias a Dios, pierde poco a poco la coloración rosada y tiene costra saludable.

Mucho llueve, que al parecer en esta tierra nunca hay estación seca, impidiéndome a mí y a los hombres que me acompañan incursionar, como quiero y es mi deber, el territorio. Tengo tiempo, cuando a veces escampa, de ver las maravillas del paisaje. Nunca vide tanta variedad de verdes ni tanta coloración en el plumaje de las aves. La selva, también aquí, se aprieta como un puño, como diciendo «no entrarás en mis dominios bellaco», y de ella, por la noche, salen extraños cantos y rugidos de fieras, y también vense ojos brillantes ir de un lado a otro, como lampadóferos, observándonos. Los indios se ríen del temor de los de Castilla y Aragón. Un día traen de la playa unos insectos que irradian su propia luz y los enseñan con gran contentura dellos y asombro de todos. Nos hablan de ciudades muy ricas, muy pobladas, y muy cerca, y todos estamos llenos de ilusiones y con apuro de encontrar el estrecho para llegar a Cipango, a la India, a la tierra de las especies. «Juro que a diez jornadas de aquí debe desembocar el Ganges», le digo a Fernando para devolverme la confianza más a mí que a nadie en medio destos desastres. Un mes entero pasa antes de que, a tanta insistencia, permita a Bartolomé salir con una patrulla de sesenta hombres a explorar el territorio

y, ¡rediez!, que es buena idea: a unas pocas leguas encuentran minas de oro. Desde un punto alto examinan la región. Y los indios que los acompañan les van indicando en donde, lejos, hacia el poniente, hay oro en abundancia tal que puede dejar boquiabierto al más codicioso de los hombres, hasta el mismísimo Rey de España. ¡Joder, que todo resulta una farsa! El Quibián, el señor de estas tierras, con el propósito de echarme tierra en los ojos y alejarme dellas, instruye a los guías para que me den pistas falsas y emigre a sitios más alejados de estos contornos. Ellos mismos, ganados por el vino, que buenos bebedores son los bellacos, por los regalos y por las muestras de amistad que les dispenso, como hijosdalgo del mismísimo Balaam, me dicen la verdad. Toda. En estas tierras hay tanto oro y de tan buena calidad que no vale la pena, por el momento, avanzar hacia el poniente. Eso puede esperar. Remonto río arriba y trabo amistad con el Quibián, que resulta ser más resbaloso que un gitanillo en feria de cristianos. El muy canalla no desdeña mis regalos. Hasta bebe de mi vino el muy redomado patán. Decido, de todas maneras, quedarme. Esto aquí se llamará Santa María de Belén, digo a la soldadesca y bebemos vino y celebramos. La sola idea de volver a las tormentas y encallar en algún sitio remoto me pone la piel de gallina. Construimos una empalizada y viviendas para morar por buen tiempo. La amistad dura poco. Hay roce entre mis hombres y la gente del lugar. A los míos les da, como buenos castellanos, por folgarse a las mujeres de por aquí, que flojas de culo son, comerse las

aves y animales de corral, arrebatar de mala manera el oro a los indios. Entonces el tal Quibián decide quemar nuestras barracas y matarnos a todos. Bartolomé, que es hombre de acción, y que tiene espías entre los indios, se le adelanta, lo toma preso. También captura a todas sus mujeres, hijos y criados. Pero, el muy bribón se arroja de la lancha en que se le lleva y, más raudo que un pez en pos de una lombriz, escapa. Logramos, sin embargo retener a sus hijos y darlos a un maestro de navío para que le sirviese en las carenaduras.

No nos da respiro el mentado Quibián. Quema nuestras viviendas, nos ataca sin piedad en los bajeles. Algunos de los que logramos capturar y encerrar en las bodegas de los navíos se suicidan. Es algo a lo que no le encuentro explicación. ¿Por qué ese desdén tan extraño por la muerte? La hostilidad es tal que decido salir de estos parajes cuanto antes. No puedo. Se forman bancos de arena y la boca del río se cierra. Los navíos no flotan, están todos bromados, agusanados, los clavos oxidados se desprenden de la madera, los cascos filtran agua. Logro sacar tres dellos sin ninguna mercancía adentro, desfogonados, y cuando regresan por agua y sal, la mar se agita, crece, cierra aún más la entrada del río y no los deja salir. Quedan atrapados. El tal Quibián, señor de estos parajes, saca ventajas de esta adversidad. Desencadena ataques arteros. Sus hombres llegan de todas partes, con tales aullidos, insultándonos en su lengua materna, clavando sus dardos y lanzas a los nuestros, haciendo carnicería tal que casi nadie queda para contar el cuento. Allí muere

Bartolomé, mi querido hermano, y otros que había dejado en el pueblo de Belén al cuidado de los haberes de Sus Majestades. Yo, atrapado en la playa, fatigado y con fiebre, la llaga de la pierna supurando, y sin ungüento a mano, sin vino, sin viandas, cagándome en Dios y en todos los santos por tan grande infortunio, sin hermano, sin navíos, no puedo socorrerlos y me veo al borde de la tumba. Gracias a Diego Méndez, mi leal y corajudo amigo, pude salvar a muchos de los que habían quedado atrapados, sacándolos en pequeños grupos. ¿Por qué Dios se ensaña conmigo? ¿Por qué somete a tan humilde mortal a pruebas tan amargas? No hago otra cosa que serviros, a Él y a Vuestras Majestades, extendiendo sus dominios, llevando su palabra, cristianizando herejes. ¿Por qué, entonces? Este Quibián, tan ignorante persona, que apenas cubre sus partes íntimas con poco tejido, a quien propongo amistad, a quien colmo de halagos e invito a mi mesa, con quien comparto el vino, nunca pudo disimular su arrogancia y resentimiento. ¿Por qué ese odio repentino? ¿Por qué nos ataca con tanta saña? Desde el primer día que lo veo, como Jesús, pienso: «este indio, antes del primer canto del gallo me traicionará». La mala intención se cuela por sus ojillos rasgados; se desfoga en sus movimientos elásticos, en la manera como ordena a sus súbditos con sólo mirarlos. Cuando escupe al suelo (siempre escupe) siento el salivazo en mi cara.

Nada puede ya borrar mi desencanto y tristeza. Pasados los nueve días de la matanza y de la irremedia-

ble pérdida de mi hermano, la Naturaleza atempera sus exabruptos, mas no mi llanto. Reuno a la gente que, como puede, llega a la playa. Muchos deben andar en extravío o amancebados como animales con las herejes de esta tierra de hontanares. No los culpo. Hembras con tetas tan grandes, tan desprovistas de pudor, no encontrarán en otra parte del orbe. Morirán, sin duda, en pecado mortal y en gracia del Diablo. Los abandono, pues, y me hago a la mar con mis naves destartaladas, cogiendo agua por las junturas, zozobrando a cada golpe de ola, apesadumbrado por las riquezas abandonadas en Belén y por el ánima de mi hermano insepulto y sin comunión que vagará por esa selvas hasta el día del Juicio Final. Mas, ¿qué otra cosa puedo hacer? Vuestras Altezas ignoran mi paradero. Sería inútil aguardar un rescate de quienes pululan por estos vastos territorios sin cartas de navegación, sin mapas, orientados sólo por sus instintos y ambición descomedida. Llego a Belpuerto y hago otro tanto: abandono parte de las pocas cosas que todavía transporto. Sin barcas, sin bastimentos, lleno de pesares por tantas vidas idas, llagado, enfebrecido, arribo a Mago y luego me dirijo directo a la Española. Otra vez me alcanza el infortunio. La mar vuelve a encresparse y busco refugio en una isla de las tantas que abundan por aquí. La azotina es tan grande que pierdo tres anclas, se rompen las amarras de otro navío que es arrojado contra el mío, casi matándome el bauprés que dio contra el ojo de buey. Viene la bonanza a los seis días, cuando la pérdida es total, los navíos llenos de

huecos y la gente, ya convencida de que he dado de bruces con una tierra de maldición, cagándose de miedo. Todo esto lo sabrá Mi Reina a su debido tiempo, de mi puño y letra ¿De mí que pueden decir los intrigantes allá, en las cortes, o en los sitios ya amansados de las islas, todos a buen recaudo, con nuevas servidumbres, administrando minas, afanados en los enriquecimientos fáciles, viviendo del sacrificio y de la gloria de los que arriesgan su vida en pos de nuevas rutas y nuevos descubrimientos? ¡Mal rayo parta a don Francisco de Bobadilla si nuevamente osa llenarme de cadenas e indispone a ojos de mi Señora Reina. Llego, pues, a otro sitio más seguro de la misma isla y, al cabo de ocho días, vergas en alto, lárgome a Jamaica. Siento que cuanto más me acerco a Castilla más me alejo del infierno.

EL SEÑOR DE VERAGUA

1

Una pequeña cascada ahoga la bullanga y parloteo de los titíes, loros y guacamayas. Algo, más allá de donde sopla el viento, más allá del último cerro, más allá de las gruesas nubes que arrastran las ganas de llover hacia el sur, cancela el juego de dos niños que juegan a jugar debajo de la sombra de un corotú. ¿Qué es? ¿Dos garzas emergen del horizonte de las aguas? No están seguros de saber de que se trata. Nunca han visto algo semejante. Urracá, el señor de Veragua, sale al escuchar la gritería. Sobre sus ojos cae un velo de tristeza. Sabe. No tiene que preguntar. Son ellos. Llegó la hora. Corre bordeando el cauce de piedras del riachuelo hasta la cima del cerro, al miradero. La tierra, bajo sus pies, está pelada, compacta, apisonada, agrietada, polvorienta, envejecida de tanto esperar. Desde allí percibe todos los días, desde que era niño, el mar de los caribes. Encaramado en los hombros de su padre, en ese mismo sitio, vio atracar a la naves,

remontar el río y permanecer más de un invierno explorando la comarca y destripando a la gente de Quibián. Los mensajeros trajeron las noticias: "buscan oro, saquean, matan". Alguna vez los imaginó en sus sueños de niño como dioses que bajaban del cielo vomitando fuego por los ojos. Un día, también, los vio partir. Su padre, antes de morir, le dijo "ellos volverán". Allí los espera desde entonces. Ahora, por fin, regresan. Observa a los navíos empujados por el viento. No son naves tripuladas por dioses, como imaginó hace dieciocho inviernos, la gente de la costa. Conoce la historia. No bajaron del cielo. No vomitan fuego por los ojos. Son hombres de carne y hueso y tienen costumbres extrañas. Les gusta matar. Adoran a un Dios guerrero que tiene tres vidas. Es un viejo con barbas blancas. Es un hombre que agoniza en una cruz. Es una paloma. Es padre e hijo al mismo tiempo, y también paloma que brilla como un sol. Es un Dios que murió. Tres días estuvo muerto y volvió a la vida, está en todas partes y nadie lo ve porque es invisible. Es un Dios que se come. Lo encierran en un pan y lo dan de comer a los hombres. Es todo lo que sabe. Es un Dios despiadado porque manda a matar a los que no lo adoran o no le entregan oro y comida a sus soldados. Sabe también que de nada vale que a los extranjeros se les reciba con amistad, se les convide a comer, se les den obsequios, porque cuando están hartos y satisfechos sacan sus espadas, matan a todos o se los llevan a trabajar a sus minas y labranzas. Ha oido las historias. Todas. Dieciocho inviernos lleva escuchan-

do a los que llegan de las tierras bajas huyendo de las espadas desbarrigadoras, de las bestias de cuatro patas que montan hombres vestidos de hierro, de los perros que comen carne humana. Allí, en su comarca, se quedan a vivir los que huyen. Les pregunta. Pide detalles. ¿Cómo son los palos que arrojan fuego por la boca? ¿Atraviesan nuestras macanas sus camisas de hierro? ¿Duermen? ¿Sangran? ¿Tienen tripas? ¿A los caballos se les puede matar? Desecha las especulaciones. Quiere saber. Por eso sabe. Por eso supo desde siempre que algún día llegarían a su tierra. Hace dieciocho inviernos los espera.

Urracá, el señor de Veragua, manda mensajes a los caseríos vecinos. Organiza, en la sierra, la asamblea de señores más grande de la que se tenga memoria hasta entonces. Los tibas vienen de las lomas y los llanos del norte y del sur, del este y oeste. Las mujeres preparan tamales, boniato y malanga a la brasa, carnes de cerdo, pavo, conejo, venado, peces de río. No habrá chicha esta vez. Sentados en semicírculo, atrás las mujeres y los niños, el estruendo de la selva silenciosa: hasta las cigarras guardan un silencio respetuoso cuando Urracá explica. Olviden sus rencillas, les dice. ¿A qué viene disputar por un miserable árbol de mamón si el que de la mar llega se quedará con vuestras vidas? Tenemos que pelear para defender la tierra. ¿Acaso permitirán que tomen a su hijos para matarlos de tristeza en las minas? ¿Les vamos a entregar a nuestras mujeres? Algunos jefes miran el cercano porvenir, reflexionan, dudan. ¿Qué pretende este joven guerrero? ¿Y si de

veras son hijos de los dioses? No quieren exponerse. Es una decisión muy difícil. Con enemigo poderoso es mejor tener pacto de amistad, dice uno, al que llaman Baté. Te traicionarán, responde Urracá. Le damos lo que vienen a buscar para que se vayan y nos dejen en paz. No se irán, asegura Urracá. Nos matarán a todos. Lo harán de todas maneras si no peleamos, insiste Urracá pateando la tierra bajo sus pies descalzos. Durante tres días y dos noches los hombres discuten, trazan planes, asumen responsabilidades. Siempre han vivido en comunidades dispersas, peleándose entre sí, disputando por cotos de caza, fuentes de agua, pesquerías. Por primera vez están todos juntos, reconociéndose iguales, analizando el futuro de sus vidas ahora que, por las laderas, a cinco días de camino, sube la muerte en la mirada de esos hombres de piel pálida, peludos, olorosos a berrenchín. Las viandas se agotan. Urracá da la orden a sus jóvenes guerreros para que salgan a cazar y mantengan abastecida la despensa. Imposible prever cuánto puede durar la contienda: una salida del sol, un invierno o todo lo que queda por vivir. Nadie debe irse antes de que la estrategia para la guerra sea ventilada y cada uno sepa los deberes que tienen asignados. Diez son los dedos de las manos. Diez son las cosas que todos deben recordar. Uno: la comida debe estar garantizada para los que van a la guerra. Dos: se debe evitar que los invasores tengan posibilidad de obtener abastos en las cercanías. (Ocultar la comida o quemarla antes de entregarla al enemigo.) Tres: los viejos, las mujeres y los niños deben procurar sitios de

labranza secretos, inaccesibles para los invasores y en donde puedan sanar los heridos. Cuatro: las mujeres y los niños no deben dejarse capturar para evitar chantajes. Cinco: las armas también deben fabricarse y esconderse en sitios secretos. Seis: hay que sacar veneno de ciertas hojas para envenenar la carne que se arrojará a los perros. Siete: no se debe pelear en los llanos sino en terrenos quebrados para inutilizar a los caballos; y en los ríos para que los extranjeros tengan que despojarse de sus camisas de hierro y los dardos puedan traspasarlos. Ocho: ellos tienen que buscarnos. Nosotros los esperamos y escogemos el terreno para la pelea. Nueve: escapar a tiempo y fijar un punto para reorganizar el contrataque. Diez: si peleamos ganamos aunque perdamos. Si no peleamos no merecemos vivir. Es Urracá el que habla. Es minucioso. Vigila cada detalle. Nada deja al azar. Por primera vez la mayoría de los tibas, hombres curtidos, que han saboreado la derrota en las planicies, que fueron osados y cobardes a la vez, que escaparon de las minas, que llegaron del Darién o de Pariba huyendo a las espadas, las ballestas y los arcabuces, vislumbran la posibilidad de enfrentar con éxito a los extraños, han dejado de lado viejos enconos de casta y disputas territoriales, y al caer la tarde de ese día dan vivas a quien les habló con el corazón de cosas tan sencillas como coraje, amistad, esperanza, victoria. Todo está dispuesto. Alguien corre a avisar: los invasores están a tres días de camino. Urracá, el señor de Veragua, hace dieciocho inviernos los espera.

El licenciado Gaspar de Espinosa, cuyos bergantines han echado ancla en las costas del norte de Veragua, avanza afanosamente a través de la selva con su peonada. Los emboscados, ocultos en el follaje, no los pierden de vista. No van los de España al frente de los invasores. Indios de la servidumbre, espías, carnada, marchan adelante. La orden es aguardar hasta el último minuto. La sorpresa cobra las primeras víctimas. Una lluvia de dardos cae sorpresivamente sobre los que vienen, sin saberlo, a su encuentro. Relinchan los cuadrúpedos, resbalan sobre las piedras húmedas, se enredan en los herbazales. Los de Urracá aprovechan el desconcierto, salen de la espesura con lanzas y macanas, exploran entre las grietas de las armaduras la densidad de la carne castellana. La sangre es roja, salpica, fluye, mancha, se coagula. Es bueno saberlo. ¿De dónde le viene la tal furia a los emboscados? ¿Algún rencor remoto los induce a tan violenta embestida? Hay varias bajas entre los invasores. También caen los primeros indios con las tripas afuera. Los de Urracá son más, pero las armas de los españoles, en manos diestras, causan estragos irreparables. Están a punto de morir todos los de España, más por la tal cantidad de hombres que sobre ellos cae que por la eficiencia de las armas, cuando, atraídos por la vocería de la batalla, acuden soldados de Hernando Soto, capitán de Francisco Pizarro que por aquellos parajes anda, a reforzar al licenciado Espinosa. El Dios que se come y que tiene tres vidas es poderoso, está en todas partes, protege a los suyos, no hay duda. Los embos-

cados, sorprendidos por el ataque inesperado a su retaguardia, se repliegan, buscan refugio en el monte, se reagrupan en las márgenes de un río de aguas mansas. Espinosa agradece a su señor Dios la bondades que sobre ellos derrama, sacándoles de aquel percance, y aprovecha la noche para emprender la retirada. Es hombre de honor, siente la vergüenza de la derrota mientras se escabulle aterrado rumbo a la costa, a la seguridad de los navíos. Urracá sigue a los que huyen, los embosca en un desfiladero, mas ya no hay sorpresa y las armas de metal y las ballestas logran perforar el cerco de los guerreros desnudos. Por cada español que muere o cae herido, Urracá ve morir a veinte de los suyos. Mas no pide clemencia ni sus ojos se mojan de lágrimas. Al contrario, ataca una y otra vez. No les da un minuto de descanso, lluvia de flechas, arrojan sus hombres desde la espesura, y van los españoles dando tumbos hasta la playa, que es terreno llano, y en donde se les deja en paz para que aborden sus navíos. Urracá, desde un cerro, los ve zarpar. Hace dieciocho inviernos esperaba este momento.

2

Buenas razones tienen los de Castilla y Aragón para tomarle tamaña ojeriza al señor de las sierras de Veragua. El colmo era que no había llegado Gaspar de Espinosa con sus hombres a Natá y ya la noticia del fracaso de sus correrías por las tierras de Urracá se comentaban en Darién y del otro lado del océano. Seguro que eran el hazmereir en Santo Domingo y en

las cortes españolas, que troteros oficiosos en esta vida no faltan. No era justo que tan ignorantes cosas se dijeran en todas las tabernas de tierra firme, en conventos y conventillos, o que por lo bajo bajo se pensaran. ¿Acaso no sabían que saliendo de tierras de Urracá, recuperados de la fatiga y de los daños a la carne, cayeron sobre la Isla de San Matías y la comarca de Burica arrasando y quemando todo cuanto a su paso encontraron para satisfacer las condolencias del espíritu, reconciliarse con sus muertos y con su propia vergüenza y, de paso, tomarse un poco del oro que le sobra a los salvajes? Sin embargo, más que la derrota, porque pocos hombres eran los que iban en aquella expedición, al escribano Espinosa le preocupa el mal ejemplo. ¿Cómo influirá en esas comarcas saber que un salvaje, que apenas cubre sus genitales con insano retal, dióles tan contundente golpiza que apenas si pudieron llegar a la playa, desamarrar los esquilfes, saltar a los navíos, levar anclas, izar velas y echarse a la mar como ánima que se la lleva quien se la trajo?

En tierra de Natá, donde después de la jornada se han establecido, el licenciado Gaspar de Espinosa indaga por el señor que mora en las sierras. "Urracá", dicen los viejos que se llama. ¿Por qué habita en las lomas y no cerca del mar? "Es un venado joven", le contestan. ¿De dónde vino? "El es de maíz, no vino ni va a ninguna parte, está, eso es todo", le responden los viejos sin parpadear. No pudo, en el fragor de la batalla, distinguirlo de los otros. Sin embargo, lo presintió.

Ahora lo sabe y sabe que pudo matarlo. Lo vio, tenía que ser de todos el más espigado, el que desplazaba su esqueleto como un felino entre las espadas españolas, el que más bien parecía danzar rodeado de extraños escuderos, de pechos desnudos, que formaban una barrera a su alrededor durante todo el tiempo que duró la batalla. Estuvo tan cerca, coño, pero movíase como vértigo en mar respingado.

"En las tierras del señor Urracá el oro sale de los manantiales", dicen los viejos pensando que así alejarán a los extraños del lugar e irán con su música, mosquetes, arcabuces y ballestas a otra parte. Pasa lo opuesto. El licenciado Gaspar de Espinosa, escribano, Alcalde Mayor del Darién, decide permanecer en Natá, poblar, hacendar, incorporar a todos los indios del lugar ya derrotados a la servidumbre de los españoles. Tendrá una base de operaciones en las faldas de la sierra donde mora Urracá: siervos, haciendas, abastecimietos, todo lo necesario para la guerra y el saqueo de los territorios vecinos. Espinosa comunica a Pedrarias su propósito: "porque el oro abunda en las lomas que da contento". El viejo gobernador no quiere perderse por nada del mundo la fiesta y pide a Espinosa que marche en su busca a Panamá. Francisco Compañón, un capitán del escribano, queda al cuidado de campamento, en el caserío de Natá, con cincuenta hombres bien pertrechados, molesto porque en vez de caballería de hidalga estampa le dejan, para su desconsuelo, dos yeguas pedorreras y, en tiempos idos, paridoras.

La diferencia está en las armas dice Urracá, bajo la sombra del corotú. El rumor de la cascada y la gritería de los niños en el cercano caserío no perturba a los guerreros. Una armadura, con todos sus arreos, es examinada una y otra vez. La espada, capturada al enemigo, pasa de mano en mano, la examinan, tocan su filo, entremezclando los sentimientos de admiración y repugnancia. En cambio la pistola, allí en el suelo, no se les parece a nada que antes hayan conocido. De los llanos les han avisado que Espinosa, con la mayoría de sus soldados, marchó a Panamá y que solamente unos cuantos quedan en las tierras de Natá. Es una oportunidad que no están dispuestos a perder.

Bajan de las lomas y casi a medianoche sorprenden a la guardia. Son tres. Matan a uno. Toman preso a otro. El tercero escapa y arma una gritería de padre y señor nuestro que ni las gallinas en varias leguas a la redonda pudieron seguir durmiendo. El mismo, envalentonado por sus propios gritos y con el apoyo de los perros, alcanza a la patrulla intrusa, mata a más de uno y libera a su compañero que más pálido que yeso en agua tibia corre a su lado. "Deben ser muchos", le dicen a Compañón que, ni corto ni perezoso y poco afanado en correr riesgos innecesarios, se atrinchera en el poblado y envía en sendas misiones a Hernando Soto y Pedro Miguel para solicitar ayuda a Pedrarias. El cerco que Urracá va estrechando con gente que baja de las lomas y los alrededores está a punto de cerrarse sobre el campamento de Campañón, cuyos abastecimientos ya estan agotados, cuando atraca en la playa

un navío que enviara Pedrarias, bajo el mando de Hernán Ponce, con una cantidad de hombres que Urracá no puede precisar y que lo obligan (viendo que están en planicie, lo que favorece a los extraños) a ordenar el repliegue a las montañas. Pedrarias, que llega en otro navío, ordena a Francisco Pizarro a seguirlo y, al otro día, personalmente encabeza una patrulla. Cómo no va a encabezar el ataque quien tiene la gloria de ser el vencedor de Granada y Africa, aunque todos allí, secretamente, le llamen viejo decrépito, ¿ah?, ¿ah?

En las estribaciones de la sierra, en tierras del señor Esquegua, en un camino de difícil acceso, pedregoso y quebrado, ubica Urracá gran cantidad de los suyos armados de arcos y flechas, macanas, hondas, piedras de río, tirabeques y las puras manos. Muy tarde se da cuenta Pedrarias que el terreno no le es favorable, mas no puede volver ancas, y tiene que enfrentar el hostigamiento con no menor furia para salvar la vida y sacar a los suyos del atolladero. La pelea se prolonga durante todo el día y aunque los españoles tienen mejores armas no pueden, como de costumbre, masacrar a quienes le salen hasta de debajo de las raíces lanzando gritos espeluznantes y dardos a diestra y siniestra, parapetándose detrás de riscos y troncos a medio podrir en las hondonadas. Sólo al caer la tarde, cuando pueden establecer prudente distancia y disparar sus mosquetes, logran alejar a sus atacantes. Esa noche, replegados en un círculo apretado, turnándose para dormir, algunos de los

españoles tienen el presentimiento de que les ha llegado la hora. Las ranas croan y la luna, fija sobre el cielo del oeste, redonda como un queso valenciano, proyecta sombras infernales en las copas de los árboles. Don Pedro Arias de Avila, El Decapitador, siente tal cansancio que piensa que no no verá la luz del día. Semidormido, con dolor en todas las coyunturas, la cabeza en reposo sobre la montura del caballo, sueña esa noche con la cama de su casa de Segovia en donde hace más de mil años creyó desvirgar a Isabel de Bobadilla.

3

Hace cuatro días (toma y daca que siempre se sabe cuando empieza pero no cuando acaba) que la peonada de Pedrarias persigue por las lomas de Veragua a la gente de Urracá. Tarde comprende aquél, a quienes todos llaman El Decapitador, que tales lomas no son de buen talante para quienes hacen la guerra enjalbegados, sin abastecimientos ni jornadas de descanso, salvo en las noches, sometidos a una tensión del mismo Diablo porque toda la selva, llena de ruidos, insectos y bicharacos parece conjurar en su contra. El salvaje hace una guerra de escaramuzas, no convencional, dice a sus capitanes. No ataca de frente, no da la cara, lanza dardos y piedras desde la espesura, escapa, atrae a los nuestros a sitios en donde pueda emboscarlos con facilidad y caer sobre ellos en montonera. Pizarro, Albítez, Compañón y Soto sugieren, con delicadeza, una retirada temporal, organizar la campaña con ayuda de indios amistosos, cristianizados, "sin tanta impro-

visación gobernador, porque se están perdiendo muchas vidas y los hombres están cansados". Ya estamos aquí, dice El Decapitador, prendámosle.

Urracá instruye a dos voluntarios para que, fingiéndose extraviados, se dejen capturar por los españoles, los engañen y conduzcan a una celada. Le molesta que tengan que caer hasta diez hombres de los suyos para reventarle la crisma a un solo soldado español. Es un intercambio desigual. Sin embargo, cada uno de ellos que muere es irremplazable, piensa Urracá. Y él, en cambio, puede mover a centenares de hombres que siguen llegando de ambas costas de los mares, que traen sus armas, su comida, sus muchas ganas de pelear. Tiene esa ventaja y la aprovecha: puede reemplazar en un abrir y cerrar de ojos a muertos y heridos, a los que se fatigan o abandonan la lucha. Piensa que ha sabido conducir la guerra con discreción y buen tino. No sacrifica hombres en vano, estimula a cada cacique para que tenga iniciativas y no se sienta en minusvalía frente a los demás, pide voluntarios y examina personalmente los detalles de cada misión. Antes de que los dos voluntarios se encaminen les da a beber un trago de chicha de maíz fermentado a cada uno y con el resto les empapa la piel. Háganse los ebrios, les dice.

Los corredores capturan a dos indios que vagan sin rumbo, semipedos, por un extraviado camino de la selva. A rastras, amarrados por el cuello, aperreados, los conducen directamente a la choza en donde Pedrarias trata de recuperar las fuerzas tomando tisana de

hisopo, masajándose los pies con el mejor ungüento de hierba callera traída de España. Pizarro se ocupa, rápidamente, de traer a los traductores. "Urracá lleva mucho oro en las talegas y tiene más bajo tierra, en la raíz de un árbol grande a orillas del río Atra". ¿Dónde? "Allá" traducen los del llano y señalan con el índice hacia un lugar remoto de las montañas. Diego Albítez, en cuyos ojos se percibe la avaricia como un destello azulado, al mando de cuarenta hombres con sus pertrechos, sale empós del señor de Veragua, llevando como guía a los dos presos que, al parecer, del espanto han extraviado la borrachera. Al llegar a un tollón, a medio día de camino, reciben la pedrea y el más grande susto de sus vidas. Desenvainan sus espadas y disparan los arcabuces, mas no ven a nadie y sólo escuchan pavorosos gritos en su entorno. Ninguno de ellos atina a hacer otra cosa que no sea huir, pierden algunos hombres en el desorden de la retirada y no hubo uno solo, en aquella ocasión, al que no le fuese rota por lo menos la canilla o la testa. ¿Cómo os habéis atrevido a regresar sin él, increpa Pedrarias a Albítez fuera de sí, tomad otros sesenta hombres y salid a buscadle. "Era una trampa", intenta explicar inútilmente el capitán que, viendo velos de vesanía en los ojos de El Decapitador, no puede evitar que por su cabeza cruce, como un relámpago, la imagen descabezada de don Vasco Núñez de Balboa en la plaza del mercado de Acla. Suben a estivón los de España empós de Urracá y traban combate en la parte más angosta de un río. Allí, tal como lo sospechó Albítez, eran esperados

y se les zampuza. Y aunque matan a varios y hieren a muchos no pueden sacarse de encima a los que le salen de todas partes gritando, arrojando flechas con puntas de pedernal, piedras de río que más bien parecen piezas de artillería. Se afanan ambos bandos por sacar la mejor partida y luego, como puestos de acuerdo, más fatigados que otra cosa, se repliegan a sacar cuentas de las bajas, desacalorarse, reponer fuerzas y planear los próximos asaltos. Así lo hacen una y otra vez durante

pues, Pedrarias los repartimientos y las encomiendas, de acuerdo con las normas del coloniaje y de la guerra. Los soldados, en pago de sus sacrificios, reciben las tierras, cuya mensura se toma (mientras no haya otra disposición) a partir de un punto fijo de vecindad previamente acordada hasta donde alcanzare la vista. En estos repartimientos se incluyen a los indios que en la tierra habitan, más los capturados y los que manifiesten voluntad de servidumbre por miedo a ser destripados, para que les sirvan como a caballeros, que de ahora en adelante son. Los que moran en estos haciendas deben servir a sus señores, obedecerles en todo, hacer labores de cultivo, de guerra si fuere necesario y todo lo que por y para su bien se requiriese, como súbditos que son de Sus Majestades Imperiales. Los señores, en cambio, tienen el deber de velar por el alma de sus siervos. Su deber es bautizarles y cristianizarles, dándoles con ello, la salvación eterna y un lugar en el cielo cuando Dios, nuestro Señor, los reclame. Estas indicaciones da Pedrarias a Diego Albítez, quien queda a cargo del asentamiento de aproximadamente cincuenta vecinos españoles, los que no sólo hacen buenas las palabras del gobernador de Castilla del Oro sino que van mucho más allá exigiendo, como buenos advenedizos, más que respeto, adoración.

La guerra con Urracá, el señor de Veragua, se hace más intensa. Los españoles a menudo rastrean las lomas, siguen a los que escapan de la servidumbre, queman poblaciones, torturan sin misericordia a

quienes caen en su poder. Urracá, en reciprocidad, los hostiga con frecuencia, mátales a uno que otro soldado, requísale abastecimientos no para dar a los suyos sino para provocar y castigar a quienes dan cautiverio y despojan a otros de sus haberes.

Pasado cierto tiempo, y ya cuando Albítez, alcoholizado, aburrido y malmarriento, deja Natá, llega a reemplazarlo como jefe de plaza el capitán Compañón. Este, al darse cuenta de que no logrará pacificar la comarca mediante la guerra, intenta ardides, busca la manera de entablar negociaciones de paz por separado con algunos allegados de Urracá, uno de los cuales, mentado Baté, pica el anzuelo. Al llegar a Natá, la de los caballeros, se lo apresa y más lleno de hierro que una bala de cañón se lo destierra a Nombre de Dios. "Te traicionarán", recuerda el viejo guerrero que le dijo Urracá hace tiempo, antes de iniciar la guerra, allá en las lomas.

Al saber que su camarada había caído en manos españolas, el señor de Veragua convoca a los tibas de las sierras y los llanos de ambas costas. Acuden a desgano, unos. Otros se excusan. Nota en los que llegan mucho agotamiento y desesperanza. De los briosos guerreros que logró reunir unos inviernos atrás no queda ni la sombra. Están envejecidos. Siente que casi todos, allí, siguen vivos, pero es como si estuvieran muertos. La guerra era para ellos cuestión de una alborada, no de la eternidad. Esta vez sí habrá chicha, no para celebrar (que nada hay que celebrar) sino para conjurar el miedo y el desánimo. Pavor de no poder

convencer, rabia y tristeza, todo al mismo tiempo, disimula Urracá cuando les habla. Quieren oro les damos oro. Quieren más oro. Les damos más oro. Quieren que muramos en las minas sacando oro para ellos. Para ellos todo el oro del mundo no será nunca suficiente. No es posible la paz con los españoles, les dice. Es más fácil ponerse de acuerdo con una mapanare. Nos quitan el maíz, queman nuestras casas, se llevan a nuestras mujeres, dicen que esta tierra es de ellos y de unos Tibas que viven del otro lado del mundo, más allá de donde sopla el viento y vienen las nubes. No podemos dejar de pelear. Si dejamos de pelear dejamos de ser. Estaremos muertos en vida. Estar muerto en vida no es vivir sino morir todos los días. Muramos con honor, peleando, y no lavando las bacinillas y los platos donde comen los cristianos. Por esta vez Urracá logra infundir ánimos a sus camaradas y, variando la táctica porque piensa que podrían atrapar a un pez gordo para cambiarlo por Baté, bajan a los llanos a combatir. Caen sobre los centinelas, que son cinco, y no pueden dar aviso a tiempo. Por cientos entran a Natá y los soldados de Compañón apenas si tienen tiempo de soltar a los perros y montar, los que pueden, a caballo. Mueren, como de costumbre, menos españoles y sí muchos indios antes de que huyeren, como habían acordado, a los montes. La guerra sigue.

La guerra sigue durante varios inviernos. Nueve, diez, once, Urracá ha perdido la cuenta. El tiempo, en las lomas y en los llanos se mide por cosechas. Hace

tiempo que su gente no siembra como se debe. Los españoles, a menudo, incendian las granjas. Se borra la cosecha y se borra el tiempo. Se pierde la comida y el tiempo es, entonces, como la ceniza. Él sabe que para algunos la guerra acaba cuando mueren. Para otros acaba cuando envejecidos, trastornados, aburridos de andar huyendo por montes y quebradas, en medrosía, sin armas y sin comida terminan por rendir las armas, negociar la paz, entrar a la servidumbre de los españoles y pasar del oficio de guerreros al de siervos, para seguir vivos en la muerte. No los culpa. Hay quienes prefieren morir todos los días, seguir muriéndose que morir de una sola vez y para la eternidad. Tal vez el Dios de los cristianos, el que tiene tres vidas y se come, les tenga reservados, como ellos dicen, un paraíso en el cielo. Sí. Y que toda esa avidez por el oro y ese afán de poseer y poseer tenga una explicación lógica. Tal vez, allá, en ese paraíso les hará falta. O el Dios que agoniza en la cruz exija a los que llegan tributos y mesada. Él, en cambio, allá, en su montaña, también siente que muere todos los días. De los suyos quedan pocos. Ya no lo acosan como antes. Tienen, por allí cerca, sus minas. Tienen sus caseríos y sus labranzas. Tienen templos para invocar a su Dios guerrero. Perdieron todo interés o ya saben que si suben a buscarlo no saldrán vivos de sus tierras. Es un guerrero invicto. Nadie, jamás, lo venció. Todavía en las mañanas claras observa desde su miradero el ir y venir de los bergantines en ambas costas, la humareda de los caseríos que los españoles

dejan en cenizas, las iguanas escurrirse en los matorrales, los quetzales extender sus enormes alas multicolores en las ramas altas de los árboles.

BREVE HISTORIA DE LA CIUDAD DE NUESTRA SEÑORA DE ASUNCIÓN DE PANAMÁ FUNDADA POR PEDRARIAS EN 1519

1

Ésta que aquí véis, de levante a poniente, es la ciudad de Nuestra Señora de Asunción de Panamá, fundada por el ilustre gobernador de Castilla del Oro, don Pedro Arias de Ávila, el 15 de agosto de 1519, en las costas del Mar del Sur, en un terreno bajo y pantanoso, insalubre, entre árboles de mucha altura y espeso follaje.

En las mañanas el sol sale del mar como una bola de fuego, despeja la espesa neblina que gravita sobre las aguas pantanosas, seca las gotas de rocío de la hierba cagada de perros y caballos, agita en las ramas altas a centenares de monitos con la cara blanca, a pericos y guacamayas, y saca de las camas, sudorosos, a quienes pretenden prolongar el sueño matutino.

Durante la estación de lluvias, que es casi todo el año, el calor es insoportable. Durante la estación seca, en cambio, el vientecillo norte que se filtra a través de la cordillera de bajo perfil que atraviesa el territorio, de este a oeste, refresca las estancias bajo sombra. En la seca, un polvo fino, rojo, enrarece el aire cuando pasa un caballero al galope o una de las carretas del mercado arrastrada por pencos, o cuando se desprende una leve brisa del poniente. Los olores de pudrición que soplan de las aguas estancadas y las tufaradas de las letrinas de los conventos perturba el olfato de los recién llegados. «Nada hiede más que la mierda de los curas, ya os acostumbraréis», dicen los sempiternos moradores del lugar, generalmente ensotanados, tullidos, charlatanes, crápulas, desonrabuenos y pidienteros que se pasan el día caminando de un lado a otro, sin ton ni son, negociando chucherías en el mercado, al frente de la Catedral, en muelles y tabernas, insolándose.

Inútil preguntar: nadie sabe a ciencia cierta por qué, habiendo tantos sitios mejores a pocas leguas, muchos dellos dignos de alabanza, se estableció asentamiento humano en esta parte del mundo que bien puede considerarse como la antesala del averno. Se dice que en la arena de la playa se recogen por millares unas almejas pequeñas que los de por aquí llaman chuchas. Y se dice que la ciudad se fundó aquí y no en otra parte porque los primeros españoles, al degustarlas en su propio jugo, con una poca de sal y perejil, tuvieron la certeza de que con tanta chucha en los arenales de hambre no se iban a morir.

Hay moscas y mosquitos todo el año. Todo objeto de metal se oxida. La madera y los cueros se pudren, tal es la humedad. La herrumbre es como una polilla que da cuenta de espadas, armaduras, mosquetes, arcabuces y herramientas de labranza, si no se tiene el cuidado de ponerles grasa acusiosamente. La misma tablazón de los navíos se broma en menos de lo que canta un gallo, por lo que las carenaduras, antes de zarpar, son de obligante necesidad. En ciertas épocas, un poco antes de los primeros aguaceros, aparecen mariposas emigrantes, vuelan en bandadas, como empujadas por viento de popa, rumbo a ningún sitio, a morir en los pantanos. Tampoco conoce silencio la ciudad. De día los grillos, los pájaros, los monos, la periquera, la cigarras; de noche las ranas, las aves nocturnas, las fieras: una segunda atmósfera de ruidos envuelve a todos los que, con la idea bienmorir en otra parte, habitan este paraje tan dejado de la mano de Dios y tan cerca de Potosí.

No quedan muchos de los viejos conquistadores. La mayoría ha muerto. Muy pocos han regresado a España a disfrutar, como eran sus propósitos, de fortuna, bienestar y gloria. Mas bien están los que vienen de paso, contratantes y comerciantes, con la idea fija de hacer fortuna y tomar las de villa Diego antes de que la peste o el aire enfermo se les meta debajo de la piel y les seque hasta los huesos. No son siempre los mismos. El que amasó morrocotas y maravedíes, oro y perlas, en cantidad suficiente para dotarse de una pensión o para establecerse en Cádiz o

Sevilla, no lo piensa dos veces, se embarca de regreso en el primer navío. Y si no le es dable volver a España o alistarse en una expedición, emigra a La Española o trata de asentarse en una de las islas del Caribe. A muchos les parece que no verán las barbas de Dios, ni estarán a su diestra, si la muerte los sorprende en estos manglares pestilentes, aun cuando el mismísimo mitrado de Roma les haya dado la extremaunción.

Algunas cosas agradables tiene el asentamiento. No escasea el agua. Los pozos, a pocas varas de profundidad, dan agua fresca y limpia. Los ríos y quebradas que bajan de la sierra forman un tejido alrededor de las haciendas y las granjas. Toda la tierra es fértil. Tanta es la fertilidad que a un borracho que se quedó dormido tres días en la Plaza de la Catedral le empezó a crecer hierba en la mugre de las uñas. De España se han trasplantado limonares, naranjos, higueras, cidras. No se da ni la uva ni la manzana. En cambio, los frutos originarios de estos lugares se dan en abundancia y tienen exquisito sabor. Guayabas, plátanos, piñas, caimitos, mangos, chirimoyas, aguacates, mameyes, papayas y cocos de agua no faltan, según temporada, en las mesas castellanas. No se produce cebada ni trigo, pero hay maíz en abundancia y la harina la traen de España y Perú. En las tierras llanas, que mucho abundan, hay buen pasto y excelente vaquería. Peces de muchas variedades, tamaños, colores y sabores hay en los ríos y en la mar. A pesar de eso, con mucha frecuencia falta la comida. Pasa que

todos los que por aquí llegan no tienen ninguna intención de cultivar granjas, y sólo algunos por placer y otros por necesidad labran la tierra. Mas bien les gusta practicar el trueque y la compra venta de mercaderías. Todo se vende, todo se compra, todo se cambia. Esta es, pues, una ciudad de mercaderes y de grande comercio. Enriquecidos y pobretones son trajineros y venderaches. Todo el mundo tiene algo que comprar vender, o intercambiar.

Las grandes naves que exploran las costas de la Mar del Sur, cargadas de oro, plata, pieles, tejidos, cerámicas, harina, comerciantes, soldados y aventureros, generalmente anclan en un ancón próximo a la costa, porque ni con la marea alta hay suficiente profundidad para atracar. Cuando la marea sube y la playa se hace navegable, llevan las mercaderías a tierra firme en balsas, en botes de vela de poco calado y a golpe de remo. Y viceversa, de tierra firme se trasladan las provisiones y municiones, ordenanzas, correspondencia y tropas de refresco a los navíos que seguirán las exploraciones de nuevos territorios, las guerras de conquista, el comercio con las colonias. Los navíos más pequeños, en cambio, entran al fondeadero con la marea alta y, en la menguante, se ladean como pajarracos heridos en los arenales de la playa.

Es lugar de tránsito obligado de viajantes y mercaderías que vienen del Sur, de Perú, con rumbo a España. Y también de cuanto viene de España con destino opuesto, a las colonias, sobre todo a las posesiones que se extienden a lo largo de las costas del Mar

del Sur. La travesía por tierra, en ambas direcciones, se hace a pie, sobre mulas y navegando el río Chagres, que es un río que nace muy cerca de las costas de la Mar del Sur y desemboca en la Mar del Norte, teniendo como puertos a la ciudad de Nombre de Dios, allá, y a ésta, la muy celebérrima y augusta Ciudad de Panamá, acá, distando entre ambas dieciocho leguas. Desta al Chagres, que es un río de mucho calado y fuerte avenida, como hechura de Dios para el propósito, hay cuatro leguas de planicie, con pocos cerros, y se puede transportar la mercadura en carretas y carretones. Desde allí se hace la travesía de la carga en balsas y pinazas. El río desemboca a cinco leguas más o menos de la ciudad de Nombre de Dios y muy cerca del puerto de Bastimento.

A lo largo de esta ruta, no fácil de atravesar, sobre todo en la época de lluvias, se han establecido españoles de piel dura, hechos al clima, veteranos de la conquista, con sus mujeres indias y sus hijos mestizos. Viven del negocio de la trajinería. Atienden fondas, tabernas y posadas; alquilan mulas, alcahuetean con indias y mestizas, tiran las cartas, venden amuletos para la buena suerte, monos, serpientes, vino adulterado de Zamora y Valladolid, fermento de maíz, agua de coco, guacamayas, pericos, fritangas; curan resfriados, torceduras del calcañal, dolores de muela, erisipelas; dan sobaduras para bajar la fiebre, reparan alpargatas, abarcas y almadreñas, narran sus aventuras caballerescas y enseñan las rayas, una por cada indio muerto, en la cachas de sus viejos arcabuces.

2

"Estaba más loco que una cabra y la boca le hedía a mierda", dijo Clara el día que supo que Pedrarias había muerto. Dijo eso y ardió troya. ¿Como os atrevés pecatriz del purgatorio a abrir la boca para decir tamaña barbaridad? ¿La oyeron, a la india, la oyeron?

Ninguno de los que casi todas las tardes se reúnen para beber vino y jugo fermentado de maíz en la tabernucha de la india Clara, la que queda a la salida de la ciudad, antes de llegar al Puente del Rey, duda que a Don Pedro Arias de Ávila, mejor conocido como El Decapitador, fundador de Nuestra Señora de la Asunción de Panamá, la boca le hedía, dicho esto con respeto, a defecación de procedencia humana. Pero tampoco nadie lo puede asegurar. Nadie, salvo Clara, que sirvió como ayudante de cocina en casa de los Arias Dávila, pudo acercar tanto las narices a esa boca, que dicho sea de paso, había perdido gran parte de los dientes y tenía, en sus postreras horas, el rictus de quien cargara con un cólico miserere atravesado. Del susodicho señor, cuyo espíritu dicen que vaga los Viernes Santos por los lados de Pierdevidas, muy cerca de donde muere la calle de la Pontezuela, se dicen muchas cosas, todas ciertas hasta que no se demuestre lo contrario. A Clara, hija de Vasco Núñez de Balboa con una del Darién, según aseguran las lenguas viperinas, todo se le puede creer porque es, en aquella villa, el más apetecible, dispuesto y disputado platillo de la españolería desbocada.

Vosotros debéis saber que, antes de salir de Valladolid, Don Pedrarias había decidido decapitar a don Vasco Núñez de Balboa por orden del Rey de España. Y vos, ¿cómo lo sabéis? Pues hombre, eso lo sabe todo el mundo. Cho, nada tuvo que ver Don Fernando con las marrullerías del Gobernador. Pues a vos digo que traía ese nombre grabado en la frente, entre ceja y ceja, como que dos y dos son cuatro, hombre. Exageráis. Vos no podéis negar que era un desalmado nato. ¿Y qué?, todos los nobles lo son. Debéis considerar que no venía al edén y que tenía deberes. Vos lo justificáis porque estuvistéis a su servicio. A mucha honra, por si os interesa. Podéis iros al infierno vos y el difunto. Mirad, que no era un colector de espolios. Fue Paje de Juan II, el de Castilla, y caballero en la corte de Enrique IV. ¿Y qué prueba eso? Pero sigue siendo un vulgar matador de hombres. Además, cuando salió de España, después de hacer la guerra en Granada y África, era un carcamán de más de setenta años. *Furor Domini* le decían los mismos frailes que le sirvieron.

Todos allí, en la taberna, son duchos en suertes, vidas y milagros del difunto gobernador, que Dios tenga en su santísima gloria, le haya absuelto de todos sus pecados y que no lo deje salir de la tumba, no sea que descabece a los que no descabezó antes. Cuatro años han pasado desde que llegó la noticia de su muerte, la que ocurrió en Nuevo León, y todavía las gentes de Panamá sienten un escurrimiento de testículos cuando su imagen se les atraviesa en la memoria. Se persignan y hasta se vuelven para mirar a sus espaldas

porque presienten un aura de premoniciones cuando alguien pronuncia su nombre. Los que tuvieron la desdicha de conocerlo de cerca son sus más orgullosos detractores.

¡Se la pasó cincuenta años matando moros en España y se vino a Las Indias a matar indios y españoles en el nombre de Dios, joder! Don Fernando, el Rey, estuvo a punto de no enviarlo a Castilla del Oro, pero resultó ser un recomendado del obispo de Burgos, Juan Rodrigo de Fonseca, un bribón de marca mayor que indispuso a Colón con la Reina Isabel. Y vos no me digáis nada, pero yo me di gusto matando indios bajo las órdenes de don Pedrarias, pues no se viene a un sitio como este a soplar la gaita gallega. Aquí os dejáis matar o matáis. Mejor os folgáis a las indias y sale más barato. Un brindis en su nombre, coño. No brindo por tan despiadado cabrón. Yo, en cambio, si pagáis la ronda, brindo. ¿Hecho? Hecho. Salud, brindo por el más astuto, feroz y despiadado conquistador español que haya pisado esta maldita tierra, coño, y también por el hacha con la que arrancaba las cabezas a sus enemigos. ¿Sabéis?, la vieja Isabel de Bobadilla y Peñalosa fue más mala que Pedrarias. No jodáis, coño, esa vieja era una santa. ¿Santa? Dicen que estaba de verdugo en la nominilla de su marido, que se ponía una capucha negra para que nadie la reconociera cuando decapitaba cristianos. Y qué os digo: cobraba en castellanos de oro. De las damas no se habla mal en esta taberna, ¡desenvainad vuestra espada y vended cara la vida, canalla! Isabel no era mujer, ¡maldita sea!,

era el Diablo. Hasta Pedrarias le tenía miedo, que ya es mucho decir. No digáis barbaridades, hombre, que podéis ir a la cárcel.

Vosotros debéis estar enterados de que don Vasco Núñez iba a hacer una mala jugada, íbase con su gente al Sur, desconociendo su autoridad de don Pedro. No jodáis, el gobernador estaba enterado, hasta le dotó, de 200 hombres para tal empresa. No olvidéis, además, que María, la hija de don Pedro, estaba desposada con Vasco Núñez. ¿Pero, qué decís? No hubo tal. Esa fue una jugada del obispo fray Juan Cabedo para ver si había avenencia entre el gobernador y Vasco Núñez. La dicha dama, que debía ser tan fea y patituerta como su padre, vivía en Segovia y no conocía al presunto marido. ¿Y qué?, es así como se hace en las cortes, como lo hace la gente decente. Prefiero hacerlo como lo hace la gente indecente. Brindo por el último cruzado, por la reencarnación de Torquemada. Salud. Salud.

Vosotros no los sabéis, pero a don Pedro mucha gente se le acercaba para llevarle chismes y eso le hizo cometer muchos disparates, pues santo no era. Los frailes, por otro lado, le tenían inquina. Ustedes saben que es lo que pasa cuando un fraile le toma ojeriza a alguien. Pasa que sus amigos le dan la espalda. Pues es mejor que le den la espalda y no el cuello. Cuando se enteró de que don Lope de Sosa iba a reemplazarlo en la gobernación de Castilla del Oro, por orden de Su Majestad, se le salió lo venático. Nadie oyó sus gritos, por supuesto. Se los tragó. Ah, pero a quién Satanás

cobija la perra le pare lechón. El pobre Lope de Sosa murió apenas el barco en que vino atracó en Darién. ¡Suerte la de Pedrarias! Sí, pero entonces decidió enterrarnos a todos en este paraíso de fuego. Alguien sopló al Consejo de que pretendía quedarse con los tesoros de Badajoz, mismos que nuestro ilustre capitán, Gaspar de Espinosa, recuperó de París. Era verdad. Sí, pero la avaricia era su pecado menor. Pues ése, acá, inventó otros pecados. Gonzalo Hernández de Oviedo, el correveidile del Rey, tuvo que ver mucho con la decisión del Rey y su Consejo. ¡Coño y cómo pretendéis que Oviedo le tuviese por amigo! ¿Sabéis lo que ocurrió en cierta ocasión? Estaba Oviedo, en su casa, sofocado de calor, quitóse la ropa como hace todo el mundo en esta región, sin malicia ni mala maña. Dio la casualidad de que Pedrarias le vio *in púribus* y sin más ni más mandó a asaetearle. ¿No es de maníaco tal obra? ¡A cuántos por menos no le arrancó la cabeza! Si alguien meaba detrás de un convento le mandaba a azotar. ¿No fue Francisco Hernández leal capitán de su guardia? Pues, sin asco, matóle. Se divertía echando a pelear indios con perros, como en el circo romano, ni más ni menos. Todas estas noticias llegaron a oídos del Rey, a Dios gracias, y por eso se dispuso disminuirle poder estableciendo que se gobernase tomando pareceres al cabildo del Darién. Eso, por supuesto, no cambiaba nada porque los miembros del cabildo eran tan malos comó él, o peores, y sólo pretendían mayor participación de los despojos. Está probado: nadie bueno sale de España en busca de gloria y fortuna. Y

si de allá salen buenos acá se descomponen. El poder se les salía de las manos a Pedrarias, hombre. El cabildo empezó a tomar las decisiones. Los frailes empezaron a mandar. ¿Acaso no mandan ahora? ¿Acaso no mandaron, pasando por encima de Pedrarias, a Diego Albítez al puerto de Nombre de Dios para fundar un asentamiento?

¿Imagináis ahora por qué Pedrarias fundó esta ciudad de Panamá en sitio tan insano? No. Pues, de pura maldad, para vengarse de nosotros. A ese señor nada placía tanto como la muerte. La de los otros, que no la suya, por supuesto. Si Torquemada hubiese tenido hijo, éste lo sería. Tal vez lo era. Nada lo hubiera hecho más feliz que matarnos a todos con sus propias manos. O con las de Isabel. No digáis estupideces, hombre. No olvidéis que Pedrarias era un guerrero, el último cruzado de España, el restaurador de la fe. Será la fe tuya porque la mía está extraviada desde que embarranqué en esta villa de franciscanos y dominicos. Escucha hombre: la razón está a la vista. Ningún sitio mejor que éste, en el que moráis, para evitar un ataque por la mar. ¿No véis que las naves enemigas no pueden acercarse a la costa sin encallar? Y si lo hicieren, cuando bajase la marea, quedarían fondeados, a merced de nuestra cañonería. No en vano cumplió tanta edad haciendo la guerra contra los moros. Pues, nadie en su sano juicio hubiese fundado una ciudad sobre esteros y pantanos nauseabundos, en una playa rodeada por arbustos tales que sorben agua de mar y amamantan alimañas. No encontró a nadie que le diera la razón en

fundar tal asentamiento, mas él se lo propuso e impuso con artimañas. Amenazó con desenterrar y devolver a París el oro que Espinosa había rescatado. Bien conoce nuestra idiosincrasia. Bien sabía que ningún castellano sería capaz de devolver una pepita de oro, así le fuese en ello la vida. Advirtió que sería un asentamiento temporal y que, por tratarse de casas de paja, no se perdería nada cuando el lugar se abandonara. El muy bribón, sabiéndose en desgracia, se hizo nombrar procurador para convencer al Rey de su lealtad y de los provechosos servicios hechos al reino y solicitó, mediante carta, el traslado de la ciudad de Darién a Panamá, y también de la catedral. Hubo que aceptar, pues, sus condiciones. Despoblamos Darién y aquí estamos malmarrientos, en una ciudad que se torra bajo un cielo ignífero, bebiendo vino, esperando que del sur vengan los navíos con oro y que de España nos traigan las vituallas. ¡Joder!

LA TIERRA DE LOS INDIOS

1

Pedro Arias de Ávila, mejor conocido como Pedrarias, pobló Acla, que en lengua de los aborígenes quiere decir osario, huesos de hombre o, lo que es lo mismo, cementerio. La gente que por aquí andaba era poca cuando llegamos los cristianos. Tal vez huyéronse al monte o entre dellos exterminároнse. Estas son personas de mucho atraso en sus costumbres, no viven en honra de Dios sino en pecado mortal, se hacen la guerra, practican la promiscuidad, copulan a la vista de otros y viven sin practicar sus deberes para con el Señor. Algunos castellanos sostienen que Dios no les concedió alma. Aquí, en Acla, los hombres no llevan sus partes libidinosas al aire como en otros territorios cercanos. Las cubren con frágiles cortezas o tejidos rústicos de algodón y otras fibras vegetales, y también con caracoles y conchas vistosas que amarran con hilos a la cintura. Más bien son adornos para acentuar virilidades que para cubrir impudicias. Las mujeres se

cubren con túnicas de la cadera para abajo, también dechas de algodón, teñidas con jugos de la tierra y de las plantas, dejándose, en cambio, los brazos y las tetas al aire. La poca población que por aquí queda tiene buen comportamiento con los de Castilla debido más bien a los escarmientos públicos ordenados por el gobernador de Su Majestad, don Pedrarias, que ha prometido restablecer el orden, según las normas cristianas, y cristianizar a estos salvajes para gloria de Castilla y de Dios, que viene a ser lo mismo, y desdicha de Satán según se entiende. Se ven algunos niños de piel reblanquecida, lo que significa que ya se están dando cruces de sangre, que a causa del apetito de la carne sucumben los de Castilla con mucha facilidad.

Hacia el este y oeste hay muchas tierras, con oro, que admirar y descubrir. No hay territorio deshabitado, aunque sí es notoria la mucha dispersión. Darién dista de Acla unas buenas leguas al sur. Las gentes de esos lugares se agrupan en hordas y van de un sitio a otro, erran. Nunca, o casi nunca, presentan resistencia digna de ser considerada peligrosa. Al contrario. Nos dejan hacer y deshacer. La más notable de su conducta es la indiferencia. Al oeste, más allá de Comogre, es tierra plana, muy llena de gente, a distancia promedio de una o dos leguas entre dellos, y con muchos señores, que por aquí llaman tibas. Los de esos lugares llaman a esa provincia Peruqueta y abarca ambos mares, el golfo de San Miguel, que ese fue el nombre que le dio don Vasco Núñez de Balboa, y la Isla de las Perlas, de la que regresó ha poco Gaspar de Morales muy contento

y agradecido por el hallazgo. Más allá se extiende un lugar, con gente muy vestida a la manera de los de por aquí, pero sin grandes señores, mentado Cueva. Después sigue la provincia de Adechame y luego Coiba. Por el norte de estos lugares, en las tierras del señor Pocorosa, anduvo muy descomedido un capitán que mientan Meneses. El sitio que pobló, llamado Santa Cruz, fue atacado por los pobladores. A todos los cristianos los fueron matando de a poco. Fue como la peste. No quedó nadie, salvo los que contaron el cuento a su manera.

No hay por aquí grandes ciudades. Los pueblos son de, a lo sumo, tres o cuatro casas, con sus tibas, atendiendo sus labranzas, crías y crianzas, y disputando siempre con los demás por las pesquerías y los cotos de caza. Casi no existen los linajes. El reconocimiento no se hereda, se gana en la guerra. Se puede llegar a señor principal, o sea *piraraylos*, a los puros pescozones. También, si se es herido en batalla, se privilegia al guerrero como *cabra* que nada tiene que ver con animal con nombre similar que por estos lares no existe. El tiba imparte la ley y la justicia. Su criterio es inapelable y tiene fundamento en leyes muy simples, muy parecidas a las que aparecen en el Viejo Testamento. Así, por ejemplo, el que mata debe morir de la misma manera. El robo también es castigado con severidad. Los súbditos no pagan diezmos ni nada que se le parezca a los señores. No existe esa costumbre. Se entiende eso sí que hay códigos de lealtad y que, de ser requeridos, éstos, los súbditos, deben servir al señor en

labores de pesca y cacería, en la guerra y en la construcción de viviendas. Los tibas, a cambio, festejan a quienes le donan tales servicios. Les dan de beber y de comer. Cuando eso ocurre se emborrachan con vino de maíz o con el jugo fermentado de una palma desmochada cerca de la raíz, de la que beben con una panoja apartando los gusanos, hasta perder la gracia, el juicio y el contento. La mujeres también liban de estas sustancias y semejan bacantes poco discretas

música monótona de una zampoña.

Esas fiestas de beber y comer también se hacen cuando los de por aquí toman mujer en matrimonio. Los parientes de la desposada organizan el convite y los padres entregan la hija al señor que será marido. Los hijos de ésta, y no de otra, heredan señorío y fortuna.

lagartos, serpientes, arañas, langostas, cangrejos, tortugas, grajos, monos, grullas, sapos, arañas, lamelicornios, zarigüeyas, moscas, mosquitos, avispas, abejas, gusanos, animales y sabandijas de los que se pueden comer, y son bocados apetitosos, y de los que también, en reciprocidad, se comen a los cristianos y herejes por igual. Aventurarse a través de la selva y los pantanos, sin compañía, sin espada y sin arcabuz es una temeridad que se paga con la vida. De no ser cazado por un gato gigante puédese morir de una pedrada artera, de la macana de un indio celoso porque su bacante copuló con uno de Castilla, cosa que ocurre con mucha frecuencia. Ahora, si el ánima no se acostumbra a lo insólito, se puede morir del puro susto o de morriña.

2

Estos han sido, pues, años de grande exploración. Por estos rumbos débese encontrar la faja más estrecha para comunicar el Mar del Norte con el Mar del Sur. Desde estas tierras salen los capitanes de España a explorar ese camino, a extender la Fe y los dominios de Sus Ilustrísimas Majestades. Muchas Españas caben en las tierras que estánse por explorar y conquistar. Tanta riqueza, que la imaginación no osa calcular, avizora la existencia del imperio más grande que en la tierra haya existido, exista o existirá. La Roma de los Césares será una villa comparada con los dominios que la providencia, Dios, parece habernos otorgado. De todas partes nos traen noticias de las grandes extensiones y las grandes riquezas al norte y sur destos

parajes. Tal parece que se abre, para nos, la cornucopia del orbe. El estrecho, cuando se hallare, nos llevará mucho más lejos todavía. Por eso hay contentura en Acla cuando llega del poniente, uno de los que estas cosas cuenta, Licenciado Gaspar de Espinosa y sus soldados, con buenas nuevas. Viene de Burica, en la costa de Nicaragua, y trae noticias del golfo de Sanlúcar y de la provincia de Huisca. Lagos como mares, ríos rugientes bajando de las montañas, volcanes vivos, echando llamas, ceniza y humo por el pico, árboles tan anchos que tres hombres haciendo círculo con las manos no logran abrazarlos, tan altos los dichos árboles que sus copas se pierden en las nubes. También mucha gente, de diversa lengua y costumbre: artesanos, ceramistas, labradores, pescadores, cazadores y guerreros. En algunos lugares las mujeres apenas se tapan la ingle con un braguero. En cambio los hombres no cubren sus desvergüenzas ni con un gesto. Hallan tierra fértil y de abundante pesca. Muchos maizales. Los puercos silvestres están por doquiera y la gente del lugar los caza con maña. Tejen grandes redes de henequén, que es como un cáñamo más rústico, para armar las trampas. Conducen a los animales para que den con la malla, metan su cabeza y queden atrapados y allí, berreosos como niños, sean rematados a lanzadas. También exploran al norte, tierra adentro, la provincia que se dice Tobreyotra, en donde el paisaje es distinto por la altura y por el frío. En esos parajes inhóspitos encuentran encinas, matorrales, tierra despellejada y también indios belicosos, acostumbrados a la guerra,

que fortifican sus poblados con cavas y palenques entretejidos de ramas aguzadas y espinas. No por eso dejan de apresarlos y traerlos como esclavos a Acla. De Tobreyotra, bajando a la planicie y muy cerca del mar, llegan a la provincia de Natá para pasar el invierno, con tan grande suerte que ven mucha tierra cultivada y hospitalaria población. Se quedan con todo el maíz y los cultivos, y a pesar de que los dejan sin comida por el resto del año, no hacen la guerra sino más bien se acercan con humildad al Real para mendigar. El señor destos parajes es belicoso y sus guerreros pintarrajeados hostigan a los labradores, mas no osan atacar porque son 150 castellanos bien pertrechados y tienen dos caballos que, para ellos, son como cosas del Demonio. A Acla han traído mucha de la gente apresada en esos parajes.

Las tierras de Escoria, a quien toman preso, están junto a un grande río a pocas leguas de Meta. Allí el mar entra, se empoza, y en verano cuajan las más hermosas salinas que ojos humanos haya visto. Más cerca de Panamá se encuentran las tierra del señor de Chirú. Allí la gente es parecida en todo y viste igual a la gente de Natá y Escoria, pero hablan otra lengua. Escoria es enemigo de París, señor valeroso que tiene dominio sobre las provincias de Quema, Chicacotra, Sangana y Guararé, y en donde abundan las vacas, los conejos y los venados. Visten con ropas de tintas vistosas. En cambio hay entre los de Escoria gente muy mayor y caballerosa, aunque también presumen de valientes. Son altos, de buen andar, musculosos y de ancha

espaldas. Se han hecho labrar en el pecho y en la espalda símbolos como de cadenas y lazos. Ambos se han enfrentado con encono. Ha poco los de Escoria se llegaron hasta los dominios de París y lucharon durante ocho días sin dar ni pedir cuartel. Hubo muchos muertos de ambos lados. Pero los de París llevaron la de ganar porque peleaban en su propia tierra, podían aprovisionarse y conocían mejor el territorio. Siempre tenían tropas de refresco porque mientras unos estaban en lide otros descansaban. ¡Cuánto hubiera placido a los de Castilla ser testigos de batalla tan memorable! Cuando las armas se agotaron el combate se hizo cuerpo a cuerpo, con las manos, las patas y los dientes. La falta de armas hizo que la contienda cesara. Tantos murieron y tantas fosas hubo que, con ojos que se han de comer los gusanos, se vio una calle empedrada con huesos y, al final de la calle, una torre de calaveras tan alta, tan alta, que un caballero a caballo nada vería que hubiese al otro lado. Este señor, París, ha hecho la guerra a los cristianos, matando a muchos y manteniéndose invicto. A Don Gonzalo de Badajoz dióle una paliza y quitóle grande fortuna. Deber era buscarle para que pagara su osadía y devolviera lo robado. Al principio no rehuyó el combate. Hizo la guerra en un llano con más valor y ferocidad del que se hubiera imaginado. Se estuvo en la lide desde muy de mañana hasta una hora antes de que el sol se ocultara. De parte de los castellanos hubo algunos heridos, mas juran a Dios que poco hueso debió quedar sano entre los de París. Esa noche se recogieron allí, acampando, y al

otro día, temprano, salieron en su busca. No lo encontraron. Tonto no es el cabrón. Huyóse con su gente y dejó el pueblo, donde vivía, ¡mal rayo lo parta!, en cenizas. Más adelante encontraron a uno de sus vasallos, un mentado Ubsagano, a quien despojaron de gran cantidad de maíz. En ese sitio establecieron Real para seguir la guerra a París. Estuvieron hostigándolo todo el tiempo y él huyendo, evitando el enfrentamiento, yendo de un poblado a otro, protegiéndose en tierra de sus vasallos y de los señores que por esos lares le guardan lealtad. Como se vio perdido y como se convenciera de la intención de los de Castilla de no irse con las manos vacías y en deshonra, se valió de un ardid para devolver el oro y no pasar por cobarde a los ojos de los suyos. De carnada instruyó a dos de sus leales para que se dejasen tomar presos y éstos, simulando cagarse de miedo, dijesen en donde estaba el oro que habían arrebatado a Badajoz. Así se encontró la tal riqueza en una casa que hizo el rufián con mucho disimulo en un sitio no muy alejado del pueblo que quemó. De esta manera todos salieron ganando: los de Castilla seguimos camino, que ya muchos días se llevaba en esta jornada, y él conservó el alma, si es que la tiene, prendida a su miserable cuerpo hasta que el infierno la reclame.

CIMARRONES

El Lucumí, con un raro brillo en los ojos, se coloca la argolla al cuello. Se inclina como en acto de reverencia y recibe la caja más pequeña y menos pesada que un indio y un mulato, en la Casa de Genoveses, acomodan sobre su espalda. Es insoportable, a esa hora, la peste que empuja el viento sur de la Ensenada de Río Gallinero. "Nos vamos", grita desde su caballo con un chasquido de látigo el jefe de cargadores. La marcha, lentamente, se inicia sobre el empedrado de la calle de Calafates, detrás del Convento de Santo Domingo, con dirección al Puente del Rey.

No son tantas (a lo sumo dieciocho) las leguas que tienen que cubrir, de sur a norte, en línea casi recta. Con suerte harán la travesía en ocho días a través de un camino en extremo accidentado, lleno de peligros naturales, recovecos, salteadores de caminos y premoniciones, desde esta ciudad de Panamá hasta la no menos noble e insalubre ciudad de Nombre de Dios. No es cuestión de gusto sino de necesidad. Dígase lo que se diga el Camino Real es la ruta más corta entre los

mares hasta ahora descubierta y todo el que pretenda ir y venir de una costa a otra, sin remedio, por aquí ha de pasar. Este camino es, como la muerte, inevitable.

Las lomas, por el lado sur, no son muy altas. Hasta Venta de Chagres es terreno plano. Hace poco se empedraron algunos tramos, lo que lo haría transitable todo el año si no fuera por las lluvias. En tiempo de aguaceros, que son no menos de nueve meses al año, es menester optar por el Camino de Cruces. Se camina, entonces, en dirección noreste, se llega al Río Chagres y, desde allí, se sigue en botes y balsas hasta el Mar del Norte. Luego de hacer el trasbordo de la carga a los bergantines, se navega hacia el noroeste, bordeando la costa, hasta Nombre de Dios. Rutina. Desde que se inició la conquista del Perú y la exploración de los territorios en las costas del Mar del Sur, esta es la norma. Cañones, pólvora, aceites, telas, libros, tallas de santos, crucifijos, vitrales y todo cuanto produce España sale de Cádiz o de Sanlúcar de Barrameda en galeones, desembarca en Nombre de Dios y, desde allí, se distribuye por las colonias. Los bergantines, en el mar de los caribes y los mosquitos, llegan de las colonias del sur de Tierra Firme a aprovisionarse y también a despachar mercancías a España. Oro, pieles, piedras preciosas, artesanías salen del Perú, llegan a Panamá, de allí por tierra a Nombre de Dios, y luego a España. No poca fortuna amasan quienes comercian en esta zona.

Cuando las naves atracan en ambos puertos, todo se trastoca, es el pandemonium, se arma la de San

Martín. Se practica el trueque, el esto por aquello, el dame que te doy, la compra venta, el te vendo un burro y me lo paga Inés, el bovaje. Son pocas las restricciones que se aplican para ejercer el comercio. Todo o casi todo es permisible en la ruta del comercio que tiene cuatro centros principales: Panamá, Venta de Chagres, Venta de Cruces, Nombre de Dios. Todo lo que se venda, compre, cambie o intercambie pasa por esta zona. En este camino el viajero encuentra todo lo que apetezca o no necesite: barberos improvisados, sastres, zapateros remendones, curanderos, amansamonos, loros parlanchines, carne en palito, fritangueras, y hasta quienes por unas cuantas monedas son capaces de ofrecerle "la mejor hembra de Tierra Firme para las artes del amor, acabada de llegar del Africa excelencia" o "una espada diestra para protegerlo de los cimarrones que asolan los caminos de vuestra mercé".

Si bien, a lo largo de la ruta, la espesa selva evita que los rayos del sol caigan con lujurioso desenfreno sobre la piel de los que viajan, otra cosa muy distinta es cuando se lleva sobre los hombros un barril de pólvora o de sal, un cañón, obuses, una caja de mercadería, espadas y arcabuces, troncos de madera preciosa, el baúl de una distinguida dama de la corte española con cristalería fina y delicados encajes, sacos de trigo, cal o piedras preciosas y, además, se camina atado de pies y manos. Entonces, una legua no es una legua sino el infierno después de pasar por el purgatorio.

Cuando llueve, la marcha es más soportable. Es cierto, los charcos y las piedras resbaladizas del cami-

no, sobre todo cuando se sube o se baja una pendiente, dificultan la marcha, pero el calor sofoca menos y los collares de hierro, en reposo sobre las clavículas, no escaldan la piel y se respira mejor. Pero pasa que hoy, 5 de enero de 1539, es verano, no lloverá, y treinta hombres avanzan a la manera de zompos, uno tras otro, arrastrando una pesada cadena, asegurada a los tobillos, sollando, al ritmo de la canción de sus ancestros.

Alma que mi pecho inflama
no tengo miedo a perderte
no nos espera la muerte
la vida es la que nos llama

A ambos lados, a pie, a caballo, otros hombres, látigo en mano, les azuzan y amenazan para que no pierdan el ritmo y apuren el paso. Presienten los de a caballo que algo está por ocurrir por el tono de la canción que tatarean los de a pie en lengua africana y porque ninguno de ellos protestó del latigazo dado al último de la fila de cargadores por adelantar el pie izquierdo a destiempo.

Los rayos perpendiculares del sol, aunque no penetran con facilidad a través de la espesura, calientan el aire lo suficiente como para perlar la frente de los soldados que, a diferencia de los cargueros, no llevan más peso que sus látigos, arcabuces, espadas y ganas de acampar. El olor de hojas podridas y los vapores de la tierra, semejante a morriña de acantilado, enrarece el oxígeno. El cargamento que transportan hace poco llegó del Perú y, según documentos de aduana, deben embarcar a España. No hay apuro, pues.

Esa noche acampan a la vera del camino, en las cercanías de Venta de Chagres. Los españoles reparten el rancho y dan de beber agua de una bota a los esclavos. Encienden una fogata para que el humo ahuyente los mosquitos, las víboras, el miedo, los malos pensamientos. También hay vino para acompañar los recuerdos. Es la norma. Sin embargo, esa noche, un poco antes de la madrugada, cuando los guardias dormitan amodorridos junto a sus espadas, y la luna en menguante se inclina como los cuernos de una vaca sobre el perfil de la sierra, el Lucumí, que marcha adelante, da un ligero templón a la cadena. Es la señal que todos esperan con el alma en vilo. Los treinta encadenados, todos a una, empiezan a moverse: un, dos, tres, alto, con ritmo, como si aún tararearan de memoria la canción de sus ancestros. Les ha tomado algún tiempo preparar el plan y luego esperar el mejor momento para ponerlo en marcha. Esa mañana, cuando el Lucumí, a la cabeza de la fila, se colocó la argolla en el cuello, supieron que había llegado la hora. Hubo zozobra y pánico al principio. Pero, ¿qué se podía perder? ¿La vida? ¿Acaso era vida lo que vivían? ¿Acaso no es más prometedora la muerte? Los hombres sabios de sus aldeas, en Africa, les hablaban de la otra vida y les decían que si morían peleando serían premiados por los dioses y que podrían reencarnar en pez, águila, serpiente, hombre, de acuerdo con sus méritos.

Alma que mi pecho inflama
no tengo miedo a la muerte.

La canción de sus ancestros, que cantan durante la marcha, les devuelve el valor y la confianza. Pero también porque han escuchado, entremezclados con el cri cri de los grillos, lo que parece un silbo de talingos, señal de que de varios de los suyos, cimarrones, sin ser vistos, les siguen a poca distancia para protegerlos, para dar cuenta de los soldados españoles que hacen guardia y guiarlos, cuando escapen, a un lugar seguro en la selva. Sosteniendo las cadenas en tensión para silenciar el choque de los eslabones, templando las argollas de sus cuellos hasta sangrar, como un solo organismo, como un gusano, los encadenados se escurren en la noche. En el acampado, junto a la ceniza humeante queda la mercadería y los cadáveres de dos peones de Extremadura que serán encontrados y llorados al salir el sol, que reencarnarán, en veloces caballos, perros, gusanos o más bien, si los dioses les son propicios, en negros.

ÍNDICE

I
Las huellas de mis pasos

Mi casa de El Chorrillo 9
Mi padre se llama Juan 11
Mercedes está embarazada 15
¡Qué lejos estaba lo lejos! 19
El muerto de abajo 21
Eulalia se baña en secreto 25
Por amor a Marilena 29
Los juegos del amor 33
Pataderrayo 35
Mal de ojo 39
Oquei 43
El tiro de gracia 49
Suceso de día domingo 53
El tiempo 57
La tía Paula 59
El oficio de mi tío 63
La gallina enana 67

II
Las huellas iniciales

El almirante de los tormentos 75
El Señor de Veragua 85
Breve historia de la ciudad de Nuestra Señora de Asunción de Panamá fundada por Pedrarias en 1519 105
La tierra de los indios 119
Cimarrones 129

INSTITUTO NACIONAL DE CULTURA

Dr. Alberto Osorio Osorio
DIRECTOR GENERAL

Lic. Jorge Harding Andreve
SUB DIRECTOR GENERAL

Sr. Jorge Horna
DIRECTOR NACIONAL DE
EXTENSIÓN CULTURAL

Prof. Reymundo Gurdián Guerra
JEFE DEL DEPARTAMENTO
DE LETRAS

Lic. Maruja Fábrega de Márquez
DIRECTORA NACIONAL DE
PUBLICACIÓN Y COMUNICACIÓN

Prof. Ramón Oviero
JEFE DE LA EDITORIAL
MARIANO AROSEMENA

Srta. Vanessa Montenegro G.
JEFA DEL DEPARTAMENTO DE
DISEÑO GRÁFICO

Prof. Héctor Rodríguez C.
JEFE DE LA IMPRESORA
DE LA NACIÓN

Sr. Carlos Samudio
JEFE DEL DEPARTAMENTO
DE DIFUSIÓN CULTURAL

Nosotros, los integrantes del jurado de Cuento del certamen Ricardo Miró, versión 1993, hemos decidido otorgar por unanimidad el Premio Único al libro de cuentos **Las huellas de mis pasos**, firmado con el seudónimo Raimón de Miraval. Los relatos de este libro se distinguen por su utilización precisa, segura y madura del lenguaje; incluso por el intento bien logrado de mimetizar formas históricas de la expresión lingüística como recurso para ambientar los relatos.

El autor indaga en el pasado individual y colectivo, próximo y remoto de Panamá para presentarnos una visión íntima de su historia e intrahistoria. La narración fluye ágilmente con un ritmo constante. Algunos textos se acercan a la viñeta, la vivencia y los fragmentos de memoria, aprovechando la flexibilidad del género; otros se estructuran dentro de la concepción clásica del cuento, siempre vigente.

Los elementos antes mencionados dieron pie para destacar esta obra dentro del conjunto de 19 libros de cuentos sometidos para concurso.

JURADO DE LA SECCIÓN CUENTO 1993

Lionel Méndez D'Avila
Carmen de Perigault
Ramón Luis Acevedo

INAC